

DIARIO

DE LA MARINA

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America

Decano de
la Prensa
de Cuba

Habana 23 de Julio, 1939



REPORTAJE de un
Resucitado
por EMILIO CARRERE

REPORTAJE

DE UN RESUCITADO

por EMILIO CARRERE

ANTES de comenzar el relato de mis aventuras durante la Revolución roja tengo que cumplir un deber de emoción y de gratitud: dar un abrazo ante la nueva España a mi amigo de juventud, a mi compañero de los peligrosos días de «Informaciones», el periódico profético que auguró el gran cataclismo social, Juan Pujol, el gran capitán de la Prensa, volvió a ser el poeta de nuestra juventud, y que llevó siempre a flor de corazón. Toda su ternura de poeta se hizo dolor de elegía en «mi memoria» cuando se divulgó la versión de que yo había sido muerto por aquellas horribles cuadrillas de incontrolables. Era fácil sospecharlo, porque salí de mi casa en un coche de milicias, y no me vieron volver... Soy, pues, un resucitado que ha tenido la desconcertante impresión de ver su esquela mortuoria. Lo que me penetra de eterno reconocimiento es saber que el poble espíritu del poeta Juan Pujol no me olvidó. Detrás de mí quedaba una página con una lágrima y unas rosas y unos lauros sobre mi nombre de poeta. Todo, con un desbordamiento de generosidad. Ya, para siempre, hasta la hora de mi fin verdadero, nuestra amistad de juventud y nuestra camaradería en la Cruzada asciende al rango de fraternidad.

o o o

Sé que no tengo derecho a quejarme de mi dolor en esta horrenda etapa. Yo me he salvado, por milagro de Dios; estoy erguido entre montones de muertos, y ellos son los que merecen vuestra emoción. Al hablar de mí, que estoy vivo, me parece que robo unos latidos de vuestro corazón que sólo merecen los que han caído. Me he purificado en un cataclismo de almas, del que renazco sin legamos de rencores, porque he sentido la mano de un invisible lazarillo que me guiaba por estas encrucijadas de Espanto. Mi alma religiosa de poeta sabe Quién es.

Cuando las voces de la radio, negras de odio, llamaban al pueblo para darle armas, me estremeció la enorme catástrofe. «El pueblo en armas» fué el primer tópico de todos los tópicos de la revolución. La radio era un toque de rebato para agrupar a todos los monstruos que brotaron del subsuelo de Madrid, del legamo de los estanques, de las cuevas del extrarradio. Eran rostros y cataduras que nadie había visto jamás, a los que se juntaron en seguida muchas caras conocidas e inesperadas. En aquellos días hubo revelación de monstruos.

«El pueblo en armas» era la amenaza fatídica de Casares Quiroga. La careta con que el terrorismo comunista se lanzaba al asalto de Madrid. Comenzaron a rodar los autos erizados de fusiles y de puños en alto. El transeunte que no cerraba el puño era fusilado. Las noches zigzagueantes de fognazos contra los hogares pacíficos. Una mañana azul los primeros aviones rojos bombardeaban el cuartel de la Montaña. A medio día, el asesinato de los militares y de los falangistas. El círculo siniestro se iba ensanchando y envolviendo la ciudad. Madrid temblaba bajo la garra de una revolución de manicomio. Apareció Atadell, que ha sido el símbolo de estos treinta y dos meses. Los primeros muertos de la Casa de Campo y de muchas esquinas urbanas. Se «echaban» nombres en los periódicos como pistas para los asesinos. Uno de ellos dijo hablando de mí: «¿Pero «ese» vive todavía?». El libelo de Arquistain pedía el piquete para José Antonio, en un entrefilet repetido todas las noches. La palabra «paseo», con su horrendo sarcasmo, se repetía con una bochornosa naturalidad.

Ante mi casa del Paseo de Rosales se detuvo un coche. Iba un pobre soldado con ocho facinerosos. La víctima, en pleno día, pedía auxilio a aquella población civilizada hasta unos días antes. Los viandantes, pálidos de terror, apretaban el paso. Le metieron en la boca el cañón de una pistola, y dispararon. Seguían cruzando en vértigo unos camiones como carrozas de un carnaval patibulario: «Los sin Dios», «Los diablos de Barcelona»... Gorras Thaelmann con la estrella roja comunista y gorras Durruti. Monos azules, pistolas y fusiles. Había un arsenal preparado en los radios, en los sindicatos y en los círculos republicanos, y en los ateneos. Aquello no era una improvisación.

La primera víctima de que tuve referencia fué Al-

fonso Santamaría. En seguida, Martínez de la Riva. Leí la detención de Maeztu, de Federico Santander y de Muñoz Seca en Barcelona. Oí rumores acerca de Manuel Bueno.

No me atreví a salir a la calle. Mi silueta, conocida, era un peligro. Estaban muy recientes mis artículos en «Informaciones» y en «ABC», en los que había intentado destruir el mito de Azaña que era como un fetiche para una multitud de papanatas. La misma Revolución destruyó a sus falsos apóstoles: los fui viendo hundirse uno tras de otro. Eran los mismos muñecos a los que yo arrojaba pelotazos de sarcasmo desde mis artículos. Estaba, pues, recluso en mi casa, con mi mujer y con mis hijos, que tenían un admirable temple de espíritu. ¡Yo temblaba por mí; pero temblaba más por ellos, que llevaban mi apellido!

Iban muy escasos amigos a verme. Como no podía escribir, no tenía dinero. Y pasaban los días, devanando la misma obsesión, olsteando el peligro, con los oídos alucinados por todos los ruidos de la calle, con los pasos en la escalera, que me sabía de memoria. No podía dormir. La tremenda injusticia que me rodeaba, la muerte fea que me echaba el lazo al cuello, la machacona repetición de «La Internacional» en todos los aparatos de radio, y por las mañanas, tras de oír las descargas de los fusilamientos y el salpicar de los tiros de gracia en la próxima Cárcel Modelo, el estribillo tenaz e implacable, diario, de un vecino que cantaba la letrilla rencorosa de «La Joven Guardia», como un disco de pesadilla:

Joven Guardia, Joven Guardia,
a! burgués implacable y cruel,
Joven Guardia, Joven Guardia,
no le des paz ni cuartel.

Ante aquel desquiciamiento, en la órbita de aquel absurdo sostenido, me sentí enfermo, con el alma desmoronada. Quiero ser completamente sincero. Pero pasaban los días y el peligro no llamaba a mi puerta. Me acababa de mudar a aquella casita de Rosales, y casi nadie conocía mi rincón. Hasta que un día me supe descubierto. Y aquella misma noche el auto inquietador se detuvo ante mi puerta y unos hombres en mangas de camisa, con fusiles y pistolas entre la faja, se entraron hasta mi despacho.

—Camarada, tengo la orden de detenerte.

Clavé mis ojos en el que parecía el jefe de la escuadrilla:

—¡Tú!...

Era un antiguo compañero de letras, extraño y desconcertante, bueno y malo; un loco irremediable, pero con talento hasta cuando se hundía en sus lúgubres borracheras.

Me tomé del brazo y me llevó al pasillo:

—Mírame bien. ¡Soy una máscara de la Revolución!—me dió un abrazo y se echó a llorar. —Estás en un grave peligro y voy a ver si puedo salvarte.

—Pero, ¿y estos hombres?—inquirí receloso.

—¡Son mis lobos!—gritó—. Recitalas «La musa del arroyo». La poesía le cortará las garras rojas a la checa. ¡Están borrachos! ¡Esta es la Revolución de todas las borracheras!—Y en voz más tenue: ¡Me escuece el alma, pero hay que seguir la farsa, porque me estoy jugando la cabeza!—Y en un grito estrangulado: ¡Ya te he dicho que soy una máscara de la Revolución!

Los de la cuadrilla—caras atónitas, gesto borroso y palurdo—se reían.

—Pero a tí no pueden matarte. El pueblo no debe matar ni a los sabios ni a los poetas—declamó con entonación de soflama.

La escena era angustiosa en lo grotesco. Yo sentía la desesperación de la impotencia.

¡Por fin, se fueron! Ya en el umbral, murmuró a mi oído:

—Tengo oculto en mi propia casa a un gran escritor amigo tuyo. Quiero salvarle... por admiración.

Una semana después volvió solo, completamente sereno:

—Estás denunciado por escrito al radio 8, por cuatro individuos. Sé sus nombres. Son unos oficinistas. Te acusan por tus artículos y por difamador del Frente Popular. Todo esto es ridículo... pero ahora muy

peligroso. Lo sé porque me meto en todas partes como yo mismo que sé que esta noche vienen por tí inevitablemente. Yo tengo un coche abajo; vamos a ver de se te puede ocultar.

Me vestí y salí con él. Mi mujer no quiso ir solo. A la puerta había un auto militar.

Fué una hora de incertidumbre a través del siniestro de octubre del 36. No podía precisar amigo no sentiría el terror de asilarme. Era el furor persecutorio de Galarza.

—¿Y si te ocultases en un manicomio?

La idea pintoresca me sugirió un plan. Pero falta unos trámites, un certificado... Yo te digo, amigo, el doctor Conrado González Estrada, que estaba jugando la vida por salvar a los perseguidos, dí a él, y las puertas de un manicomio se abren ante mí.

La denuncia presentada contra mí ha querido que la pueda leer yo mismo después de la V. Era exacta la referencia del poeta atrabiliario. Y, certante, bueno y malo. «Máscara de la Revolución». Aquel papel pudo haber sido una sentencia irrevocable.

o o o

Ingresé casi de noche en el manicomio. Besé a mi esposa y me dejé conducir por dos enfermeros. ¿Voy a ver a los míos? Aquella añagaza de la vida simulada no me ofrecía ninguna seguridad. ¿Qué iban a respetar a un loco indefenso todos los locos con armas que había en la calle? De allí me saqué lo mismo que de mi casa. Pero el peligro lo era sólo yo, y esto era un alivio moral.

Al pasar por una galería tétrica, llena de sententulantes, oí varias veces pronunciar mi nombre.

—Parece que tengo cierto prestigio entre los esperados. —Quizá encuentre a algunos compañeros.

Me llevaron hasta la celda número once. Los enfermeros me observaban con inquietud. Yo prendí que debía componer una carátula de circuncias. Con mis barbas profusas, con la boina bajo los ojos, con las ojeras cárdenas de aquellas semanas de angustia, me vi en un espejito colgado en la pared. ¡Y me dió pena y miedo de mí mismo!

—Me parece que no soy de los locos peor terizados.

Los enfermeros, con los ojos muy abiertos y redondos, retrocedieron al ver mi cara. Le oí decir: uno, bizco y casi enano, ancho y membrudo un gorila:

—Lo mejor será acostarle y ponerle las correa.

—Creo que es un «persecutorio». ¿Qué te si le encerramos en el sótano?

Entonces comprendí que no era conveniente repetir la nota. Por el momento, aquellos «expertos» enfermeros psiquiátricos, cada uno con sus emblemas dicales sobre la bata blanca, me consideraron como un demente peligroso. Había logrado un pequeño éxito como actor. ¿Tendría igual fortuna con los médicos? Me había advertido mi amigo que no me confiara a nadie. El director del sanatorio creía que yo iba a daderamente loco de atar. A pesar de ser «un hombre de derechas», no quería «camouflados» en la casa. ¡El miedo monstruoso de la época de Galarza!

Me parecía absurdo intentar engañar a un espantoso lista. Muy pronto me convencí de que era sorprendentemente fácil. Me vieron cuatro médicos y el Jefe de Medicina, en inspección oficial. Todos ellos uno, estuvieron de acuerdo en que yo era un clarísimo de... —cada médico me obsequió con una espantosa etiqueta.

—Es un esquizofrénico.

—Yo diría que es un paranoico.

—A mí parecer, sólo se trata de una psicosis.

situación—dijo el menos clemente.

—Debe de tener alguna tara hereditaria. Hay que investigar si ha habido algún asesino, algún borracho o algún suicida en su familia.

Yo empecé a sentirme alarmado. ¿Quién puede ponder de la conducta de sus remotos antepasados?

—Acaso—me dije—, por todo lo que dicen de señores, me cuesta tan poco trabajo representar este esperado papel. ¡Pero, si ahora estoy loco, es que he estado toda la vida! ¡Caramba! ¿Quién sabe?

El complejo de inferioridad del manicomio se zaba a rondarme.

—De lo que estoy seguro—prosegui—es de que me que tener una cabeza muy firme para salir cuerdo de esta casa tan triste, con barrotos en todas las venetas y cerrojos por fuera en todas las celdas, y con los médicos que han leído a Freud.

o o o

Aquellos facultativos tenían el prejuicio del especialista mental, que ve «casos» en todos sus conductas. Y es posible que no se equivoquen completamente incluso cuando están ante un espejo. Les orientaba el espeluznante certificado de mi amigo doctor González Estrada.

Durante los reconocimientos yo permanecía en

pero a veces me hacía gracia la situación y me reía
simulo.

«tipo» silencioso era el más cómodo de cuantos
estaba en un libro del doctor Juarros que me prestó
siguiente de mi llegada el administrador del sa-
que como no era especialista y había leído
artículos en «Informaciones» y en «ABC», se hizo
en seguida de mi situación. A este señor, don
Martín Gozago, hijo de un coronel de la Guar-
Civil y guardián el mismo en su mocedad, le debo
gratitud en los siete meses de mi encierro.
director del manicomio sólo le vi tres veces. Es-
muy inquieto y siempre me decía las mismas pa-
con un aire ausente, de monólogo:

Hay muchos tigres en la calle!
o que refugiarse en una Embajada, sin duda
huir de los tigres. Y los enfermeros y su chofer
cantaron del sanatorio.

médico más joven, el que había diagnosticado
psicosis de situación—enfermedad efectiva en el Ma-
facineroso—, me alarmó durante los prime-
ñas. Lucía sobre el jersey azul la calavera y las
que siempre me habían intranquilizado en la eti-
de algunos medicamentos, y que aún no com-
por qué humorismo fúnebre era la insignia del
sindicalista, la ultraderecha entonces de aquella
paralada ideológica. Hasta que una noche entró en
celda y me dijo:

No tenga usted miedo alguno. Es muy difícil que
con usted en este rincón, porque hay mucho ba-
y si vienen, yo, como médico de la casa, impe-
que le saquen de aquí. No es usted el único caso.
los ciento veinticinco enfermos, hay cinco perse-
que sólo están medios locos, como lo está
y lo estoy yo, bajo esta canalla que se ha apo-
de Madrid. Pero este suplicio durará muy pocos
Las tropas nacionales están ya en el barrio de
y en el Parque del Oeste. Mientras tanto, cui-
son los enfermeros; no son mala gente, pero al-
son muy brutos y están con el sarampión rojo.
que el médico se llamaba Fernando Ros, y afrontan-
dos los riesgos del momento refugió en el sana-
a cuantos perseguidos le fué posible.

o o o

era mucho interés por ver y oír a los locos que
trababan por la galería, yendo y viniendo como si
con mucha prisa. Apenas me asomé a un salón
había un aparato de radio y una mesa de billar,
un remiendo de hule en el paño—un billar autén-
de manicomio—, un señor muy cortés, con los
puntos puestos y un bigote de largas guías, se ade-
a mi encuentro:

Ya sabía que teníamos el honor de tenerle entre
nosotros. Me sé de memoria muchos versos de usted.—
darme tiempo a responder a su saludo recitó sin
ocarse un viejo poema de mi juventud.

Esto se publicó en el año 1903, en «Blanco y
negro». Yo conservo muy bien la memoria.
¡Bueno, rigurosamente exacto.

Y ahora—prosiguió—voy a deleitarle con el cé-
lebre discurso de Castelar contestando a Manterola...
pero apenas había comenzado le interrumpió un en-
fermo, vestido con un mono azul. Era un pintor de
que había enloquecido en el ataque a Guadalajara.

—¿Y mi mujer?—inquirió con anhelo.—¿Sabe
algo de mi hija? ¡Gloria!... ¡María! ¿Por qué
no vienen a verme?—y se alejó tambaleante por la ga-
lería.

No haga usted caso. Este se finge loco para no ir
al trabajo—me dijo el enfermo de la buena memoria.
Fue siete meses cerca del loco del mono, y aún no
era un demente o un farsante estupendo.

Hay que decir que el personal facultativo está
en idéntica incertidumbre.

El señor de los guantes me cogió del brazo derecho.
Las que del izquierdo se colgaba un muchacho
de unos ojos grandes y tristes de perro fiel,
había surgido no sabía de dónde.

—Mi padre me ha traído engañado aquí. Pero el
que yo salga, ¡ah!—y añadió en tono confidencial:
—¿Aquel día le corto el pescuezo a mi padre!—y se-
su tema sin hacer caso del señor de los guantes.
me gritaba al oído, para apagar los aullidos patri-
del otro delirante:

—Usted, que viene de la calle, dígame: ¿es verdad
matan a la gente? ¿Han fusilado a «Lázaro Fa-
»? Era compañero mío de Universidad. Yo creo que
lo que cuentan es mentira. No he leído nada en
«El Liberal»—exclamó con una ingenuidad conmove-

—Pero, ¿usted lee «El Liberal»?—exclamó un jo-
ven de acento aragonés, con claras huellas de sufrir
en el rostro.

—Sí, don José María. Leo «El Liberal» todos los
días desde hace veinte años... ¿Qué pasa?

—Pues ya comprendo por qué está usted aquí!—
exclamó con socarronería el aragonés.

—Por aquellas palabras me hice cargo de que era uno
de los cinco «camouflados» a quienes se refería el doc-



Admirable caricatura del autor de «La Musa del Arroyo».

Dos retratos (uno antiguo y otro reciente) del ilustre poeta, autor de este reportaje.

Se oían las voces del enfermero enano, zarandeando a un viejecito loco y medio ciego, que había sido catadrático.

—A este tunante hay que «afusilarle» por fascista—y como remate una horrenda blasfemia.

Era una broma del gorila. No lo hacía a mal hacer; pero repetía la misma salvajada y la misma blasfemia a razón de veinte veces por hora. Aquel bruto—que era el delegado de su sindicato—llegaba a producirme fiebre.

El viejecito, distinguido en su porte, solo entre aquellos bárbaros y en medio de la revolución, me causó mucha pena. Pasaba los días llamando a voces a su esposa, que estaba muerta desde hacía veinte años.

El señor de los guantes se empeñó en relacionarme con toda la sociedad demencial. Uno grueso y grandote, que se golpeaba furiosamente la cara y sostenía diálogos con seres inverosímiles, no me concedió ninguna atención. Un paralítico me amenazó con su muleta. Un tercero, calvo y fofo, me clavó una mirada turbia y me dijo:

—Te falta la capa y la pipa.

—Otro que me conocía a pesar de mi «maquillaje» y mi rara vestimenta! Aunque, por el contrario, un joven alto y rubio, de aspecto normal—el más loco de todos, sin embargo—se encarró conmigo y me dijo:

—Usted no es quién dice. A Carrere le conozco yo. Usted es un fraile perseguido—y se largó silbando el andante de la Quinta Sinfonía. Era un músico que había recorrido todos los manicomios de España.

Sonó un «gong» y nos encaminamos al comedor de los «que se daban alguna cuenta». Había otro mas pequeño, con cubiertos y vasos de aluminio, para los «sucios» y para los idiotas... y para los castigados.

En el sótano estaban recluidos los que andaban desnudos y restregados de inmundicias, los que destrozaban la ropa, los que aullaban desgarradoramente de día y de noche, los que imitaban sonidos animales y los que se excitaban. Yacían atados a una cama de cemento, de pies y manos, con la ventana abierta. En mi tiempo murieron varios de estos abandonados, acaso mientras el comité de enfermeros y de fámulas se re-

unían en «sesión permanente», en una habitación que el aragonés llamaba «La isla de los pingüinos».

La camarada cocinera tiene la palabra... Y, naturalmente, siempre que había congreso de «pingüinos» los enfermos cenaban más tarde y cualquier comestible improvisado. Pero, ¿cómo no nos dábamos cuenta!...

o o o

Conocí más tarde a un frailuco pequeño, que se frotaba las manos con placer cuando tiraba la aviación. (Desde las ventanas se veían las columnas de humo del «Cerro Rojo»). Parecía pacífico, resignado, normal—mi constante error ante mis nuevos amigos—. Era un lego del convento de Medinaceli, que había entrado en el refectorio tirando los platos al aire, mientras gritaba:

—¡Viva el comunismo libertario!

El loco más interesante era un juez joven, con obsesión religiosa, que se pasaba las horas arrodillado ante los árboles del triste jardínillo. Y más allá, subido en una piedra, otro infeliz, elevado con ambas manos una madeja invisible, y al pie de éste, a gatas otro desventurado que balaba porque se había transformado en borrego. Y a lo largo de la galería, seres escuálidos e inmóviles, que no hablaban, y a los que había que alimentar con una sonda. Les llamaban los «negativistas», en lenguaje psiquiátrico.

De los más furiosos era un hombre que había estado a punto de ser «paseado». Cogía al más próximo y lo arrojaba contra la pared. Los enfermeros se echaban a una sobre él y comenzaba la refriega feroz.

Entre los más intrépidos recuerdos a un gallego que se había escapado tres veces—a pesar de estar medio desnudo—, porque quería ir al frente. Por poco lo matan las milicias.

Y el más astuto en las fugas y de los más enfermos era un oficinista, que había estado en la Casa de Campo por haberse hallado tres carnets—de Falange, de la U. G. T. y de la F. A. I.—, que forzó la puerta de su celda, la de entrada y la verja exterior de hierro, sin más herramientas que unas tijeras, y al fin logró desaparecer definitivamente.

Los cinco «camouflados» eran un ganadero toledano, don Eduardo Zurita—¡le habían asesinado a un hijo!—; un comerciante de Quintanar de la Orden, don Tomás Antonio Carta, que había escapado de la cárcel de su pueblo un poco antes del amanecer en que iba a ser ejecutado; el arquitecto don Luis Ferrero, que se fingía loco por no prestar servicio al nefando Gobierno, y un evadido de la cárcel de San Antón, que se llamaba don Santiago Gallego. Más tarde también se fugó del manicomio, para pasar a la zona nacional por la Embajada de Francia. Y el aragonés socarrón, un joven muy inteligente, con gran presencia de ánimo, que parecía estar muy perseguido. Figuraba con el nombre de José María Gij y Catalán. Cuando comenzó a visitarnos la policía, pidió rápidamente el alta. Se dijo que estaba allí con nombre supuesto. ¿Un médico de Teruel? ¿Un diputado de la Ceda? ¿Quién sabe! ¿Que Dios le haya salvado!

Porque la policía roja—aún eran las cuadrillas de Atadell, «La Brigada del Amanecer» y «Los Linceos de la República»—husmeó entre los locos. Era en los días angustiosos y crueles de noviembre del 36. En la primera visita, un anochecido, dijeron que iban a buscar a Fuentes Pila—que nunca había estado allí—. Tuve la mala suerte de que se enfrentaran conmigo, y a pesar de la luz escasa y de mi extraña catadura, creyeron identificarme. Eran tres, con boina y canadiense y el pistolón al cinto. Uno de ellos me detuvo en mi pasasea por la galería:

—A usted le conozco yo.

Creí que no me iba a salir la voz de la garganta; pero conseguí dominarme, y le puse un perfecto gesto de megalómano:

—Seguramente. A mi me conoce la historia universal: ¡Yo soy Dantón!

UN CENTINELA DE MUSSOLINI

Mussolini se presenta una noche de improviso en un cuartel de infantería cuyas tropas están listas para marchar al día siguiente para Libia.

Encarándose con el centinela que apenas si se había dado cuenta de la inesperada llegada del Duce le pregunta:

—Supongo que no habrás olvidado tus obligaciones de centinela y que recordarás perfectamente la consigna de tu superior en este puesto. ¿Qué consigna tienes?

—Ir a avisar en seguida al oficial de guardia que está durmiendo en el caso de que se presente algún jefe a hora intempestiva.

La diplomacia hispanoamericana de París estuvo de fiesta la otra noche. Los brillantes salones del Cercle Interallié sirvieron de escenario al gran banquete ofrecido al Ministro de Costa Rica ante el Eliseo, Profesor Luis Dobles Segreda. Más de cien comensales, entre los cuales Tres Altezas Reales, cuatro Generales, veinte Excelencias, representaciones del Gobierno y de la más refinada sociedad de París y de la América Latina.

Y como el motivo de este festival no era otro que el de haber recibido, Su Excelencia el Señor Ministro de Costa Rica, de las manos mismas del Santo Padre, la condecoración de Caballero del Santo Sepulcro, la aristocracia invadió el hotel del foubourg Saint-Honoré acorazada materialmente de condecoraciones, apretada de corazas de esmalte, de oro, de plata, de platino, de similité, de piedras preciosas, de soles, de elefantes, de flores de lis, de estrellas, de jarretiéres, venidos directamente de Siam, de los países de la América del Sur, de la China, de Noruega, de Italia, de los Balkanes, de Francia... Los oídos percibían dos rumores simultáneos: el de las conversaciones y el de las condecoraciones. El tinte de las condecoraciones, hasta el punto de que, por un efecto curioso de asociación de ideas, uno veía a los cristales de las mesas no llenos de vino, sino de condecoraciones, y a los que tenían monóculos, como si se hubieran condecorado los ojos. Esta formidable cascada de esmaltes, metales y piedras preciosas hubiera alegrado el espíritu cromático del mismo Aladino, porque en verdad os digo que era una sinfonía crepitante como imaginada por un poeta del Oriente. A mí al menos me daba la sensación de un ballet ruso, chorro de fantasía inenarrable y festival de luces y colores.

La fauna diplomática

Con dedo maligno, un dioscello a lo Puck iba rascando en las corazas de diamantes y esmaltes, y asomándose, con ojo riente, al corazón de los hombres. Príncipes y militares a un lado, Puck se atacaba a los diplomáticos, y especialmente a los diplomáticos de nuestra América india, latina y española.

Estaba allí toda la fauna.

Desde el elefante hasta el ruiseñor, desde la serpiente hasta el cordero. Cosa curiosa en extremo asomarse al corazón de nuestros diplomáticos! Porque esta masa de Excelencias está compuesta, en verdad, por individuos venidos de todas las carreras y de todas las profesiones... y muy pocos de la carrera diplomática. Puck encontraba generales, abogados, escritores, políticos, sobrinos de Presidentes, médicos, comerciantes o simplemente hombres ricos. La América Latina envía a París a los hombres más disímiles para representarla. Esta masa formidable constituye la desesperación del Quai d-Orsay. Cada vez que Monsieur Lebrun va a recibir las letras credenciales de una nueva Excelencia, se informa y pide los detalles concernientes, para poder charlar con ella después de la ceremonia. Unos reciben del Señor Presidente su ideas sobre farmacia, los otros sobre estrategia militar, los otros sobre las fluctuaciones del capital, los otros sobre el Código Civil, los otros sobre la manera de plantar mejor el cacao o el azúcar, los otros aun sobre la técnica de las Revoluciones...

Porque, la verdad sea dicha con todas sus letras, bien negro sobre bien blanco, el Cuerpo Diplomático Latinoamericano es una masa amorfa



Luis Dobles Segreda, Ministro de Costa Rica en París.

DESDE PARIS

LA DIPLOMACIA HISPANO-AMERICANA ESTA DE FIESTA

Por Eduardo Aviléz Ramirez

La fauna diplomática. De lo cómico a lo ridículo no hay más que un paso... ¡que se da con tanta facilidad! Diógenes y su lamparita en el dédalo de las cancillerías. Una catarata de condecoraciones en los salones miliunanochescos del Cercle Interallié de París.

y sin relieves precisos, una picante en las profesiones sobre la cual sobrenada, algas, un verdadero diplomático, rara avis del cual el Quai d-Orsay abre los ojos indiciéndose que aquellas tierras producen en su insultante riqueza. A veces hasta los diplomáticos...

Los hombres representativos.

Uno echa los ojos del recuerdo a caminar...

Y encuentra, cogidos con pinza, nombres representativos y valiosos que, si no fueron correctos en el sentido estricto y hermético del supieron al menos honrar a la América Latina en los salones de París.

Los ojos del recuerdo encuentran a los señores García Calderón, a Alfonso Reyes, a Arguedas, a Enrique Larreta, a Gabriela Mistral, a Gonzalo Zaldumbide, a Castillo Nájera, aún...

Mezclados a esos nombres representativos generalotes de golpe de Estado, abogadillos de grises republiquetas, plantadores de corchinos de Presidentes y médicos, y banqueros clubmans. El periodista ha usado todas las aguas para hacer comprender a los Gobiernos de América que deben enviar a París «hombres representativos de verdad», y no simples políticos y complacencias personales millares. El periodista ha usado el eufemismo indirecto con alas, el vocablo de tataras, otras veces ha usado el verbo crudo, la alfilería. Pero, los Gobiernos latinoamericanos escuchan la voz del periodismo y siguen firmando en París, con generalotes y abogados sin corchinos con políticos peligrosos y plantadores de la más pintoresca falange que recuerda el Quai d-Orsay.

Luis Dobles Segreda.

Este hombre representativo de su patria, con los García Calderón, con los Zaldumbide y las Gabriela Mistral, con los Larreta, con el Caballero de Bedoya, con los Castillo Nájera, con los Torres Bodet, una excepción ilustre.

Representativo de su patria, he dicho. Luis Dobles Segreda maneja la pluma con el estilo del Siglo de Oro, cuando habla en público con simpatía contagiosa, personalmente es «canto de hombre», y, aunque no es diplomático de carrera, tiene en la masa de la sangre elementos sustanciales imprescindibles. Su erudición es profunda; su americanismo es acendrado como los metales preciosos; su incorruptible burocracia es simplemente costarricense, en el caso de Costa Rica sea dicho. Ha hecho sus armas con el brado sus batallas. Ha sido y sigue siendo Ministro de Instrucción Pública, historiador, poeta. Tiene en el corazón el calorillo grato de la diplomacia panamericana y en los labios «la fecundidad niosa de los hombres que conocen el latín».

Por todo eso, Luis Dobles Segreda es, para nosotros, «un hombre representativo» de Costa Rica, una honra cumplida de la América.

¡Ah, si nuestros Gobiernos tropicales nos hubieran traído a París sólo Dobles Segredas...! ¡Aunque lo fuera para conservar intacto el tesoro del prestigio americano delante del pobrecito Quai d-Orsay...!

LAS doce! De la calle de Rivoli, de la Plaza Vendôme, de la Rue de la Paix, del faubourg Saint-Honoré, un gracioso tropel de muchachas corre cantando, hacia las Tullerías. Una vez allí, alrededor de la gran fuente en que nadan, impasibles, los peces rojos, o por las avenidas innumerables, donde las estatuas sonríen a las parejas de enamorados, o entre los «partes» multicolores, maniqués, vendedoras modistas, oficiales, aprendizas... de las grandes casas de costura corren, con los cabellos al viento y los ojos brillantes; juegan al escondite, a saltar, y son sus juegos absolutamente naturales, pues apenas si tienen ellas veinte años y la alegría es su tesoro principal.

Luego, un poco ebrias, cansadas, del pleno aire, se sientan en un banco y se toman un croissant que reparten con los peces de las fuentes, o con los pájaros, y con las palomas que van a comer a sus manos.

Es el momento propicio que algunos hombres, también jóvenes, y elegantes como dioses, aprovechan para acercarse.

—¿Un cigarrillo, señorita?

El ofrecimiento es tan tentador, el joven tan



Los espías de la alta costura

La SURETE DE PARIS ha creado un departamento para perseguir a los ladrones de ideas sobre la moda. Principalmente los turistas son elementos muy vigilados por esta división de la policía. (Arriba: una dama-policia haciendo una anotación; y al lado: el archivo de fichas.

El enamorado insiste tanto, que la muchacha decide un día llevarle las muestras. El asunto no para ahí, claro está. Una mañana el gran modisto irrumpe en el taller y reúne el personal para decirle:

—Señoritas: una de entre Vdes. ha revelado, o enseñado las muestras de nuestros tejidos a un competidor. Dicha casa rival acaba de lanzar una colección de telas exactas a las nuestras. Voy a tener que hacer la denuncia.

La aprendiz tiembla. Ha comprendido: el mancebo tan enamorado, tenía el encargo de descubrir los secretos de la casa de costura de su patrón. A su pena de que la haya abandonado se añade la angustia de ser descubierta: lo que siempre pasa.

UN GANGSTERISMO BIEN ORGANIZADO

Para comprender todo lo que se trama alrededor de un simple pedazo de tela hay que saber que todo el éxito de un gran modisto parisién reside en el carácter exclusivo de los modelos y sus tejidos. Un vestido de un gran costurero vale diez mil francos porque es único en su corte y porque las telas que lleva han sido exclusivamente fabricadas para él. Si estas telas pueden encontrarse en cualquier parte, o en alguna, cuando menos, o si de dicho vestido se hacen mil ejemplares, entonces ya no valdría más que trescientos o cuatrocientos francos.

Por eso cada casa de alta costura de París, gasta enorme cantidad de dinero en tener telas y modelos únicos. Como la reputación de la elegancia está en juego, como Francia se interesa, en pleno, en proteger la gran costura, que es una fuente de ingresos, considerable, la policía ha creado una organización especial a la que llaman «el 20. Bureau de la Moda» a imitación del

agradable, que la aprendiz de Patou o de Vionnet, sonríe.

—Gracias, con mucho gusto.

Y empiezan a hablar. A las dos cuando es preciso separarse porque el taller espera, se prometen verse, sin embargo: esperarse a la entrada del Metropolitano.

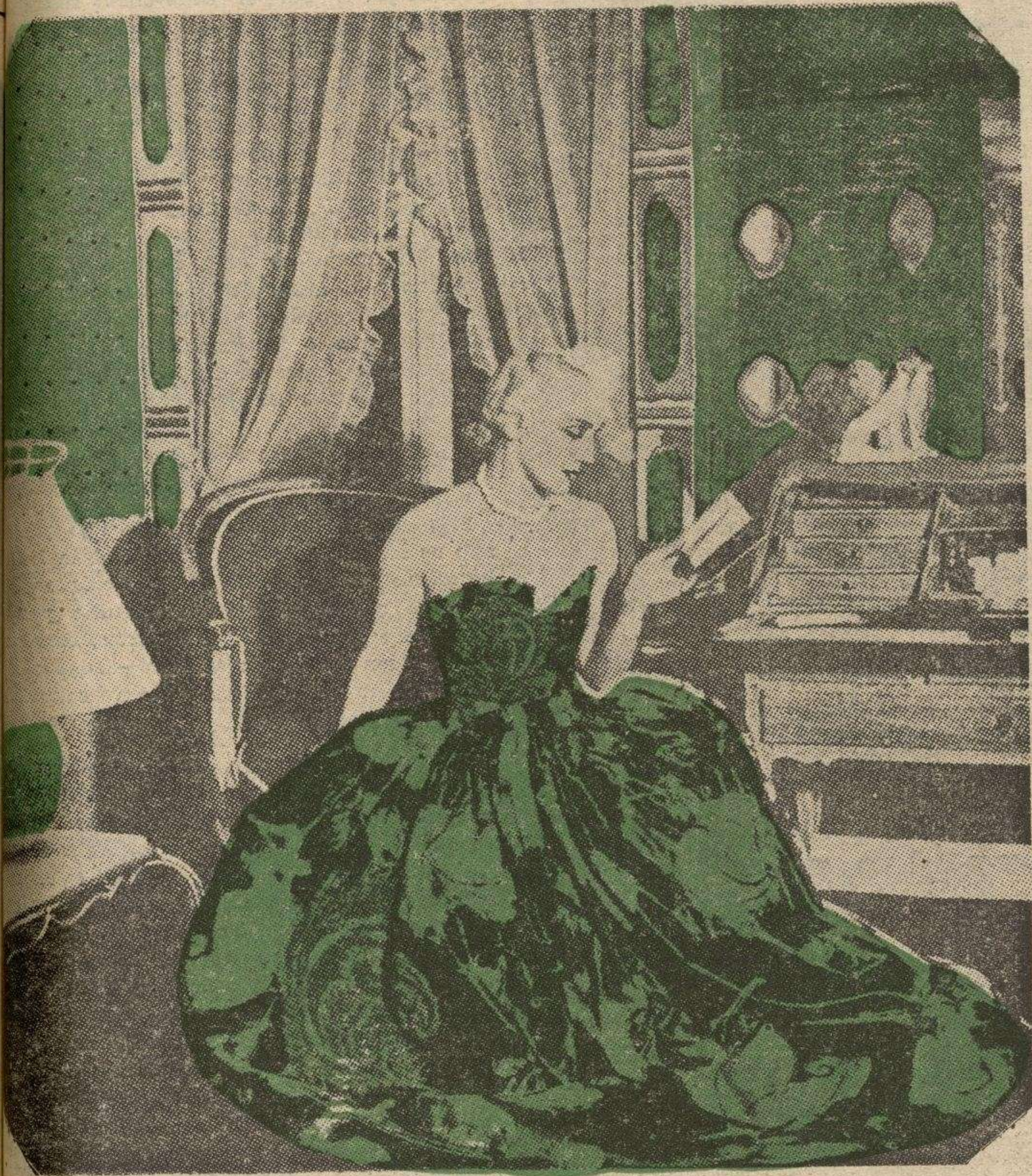
Y poco a poco, toman la costumbre de encontrarse. La aprendiz, que tiene un alma romántica de pajarillo parisién, se enamora del mancebo hermoso, tan encantador, tan distinguido y que, según él dice, es un decorador de porvenir.

En dos palabras: al cabo de un mes hay una gran pasión entre ellos y empiezan a hablar de matrimonio.

Uno de esos días precisamente, el novio le pide un pequeño favor a su amiguita.

Estoy —Estoy fastidiadísimo. Tengo que decorar el salón de una rica americana y no tengo la menor idea de las telas que será mejor emplear. ¿Me podrías proporcionar algunas muestras de las nuevas colecciones que tenéis vosotras?

—¡Eso no es posible!—exclama ella.— Son telas inventadas en el mayor de los secretos para servir a los modelos en la próxima temporada. Y está rigurosamente prohibido enseñarlas a nadie.



Un traje exhibido en una casa de modas. La modelo dentro del «ambiente» necesario, evoca uno de los salones cuya intención y época delata el modelo.

corte de la falda... A la salida las dibujantes se van a sus casas trazan, en limpio, sus dibujos. Tras esas operaciones, un modelista reúne los detalles y quedan reconstituídos los patrones, y dispuestos para ser enviados donde se quiera.

También hay el procedimiento del reclutamiento de facilitadores de modelos.

Un copista se pone al habla con una cliente de cualquier gran modisto:

—Ha comprado Vd. tal vestido por diez mil francos. Yo le doy veinte mil si me permite que un dibujante lo copie.

Es raro que una mujer se resista a semejante tentación.

A veces el copista entra en relación con el propio modelista del gran modisto, pero este procedimiento tiene pocas probabilidades de éxito, porque el modelista es un personaje que suele ganar cien mil francos al mes, y semejante traición llevaría, a más de la cárcel, la pérdida del empleo y el descrédito, consigo.

Además hay aún otros procedimientos, pero la enumeración de todos los que existen sería cosa interminable.

PERO LA POLICIA VIGILA

—¿Cómo se defienden los grandes modistos?— preguntamos a nuestros informadores.

Las grandes casas de costura tienen detectives privados, que nadie conoce. Asisten a la presentación de las colecciones y vigilan a la clientela. Mas esa no es sino una parte de su trabajo. También ejercen una activa vigilancia sobre el personal. Tratan de enterarse, por ejemplo si un maniquí sale por la noche con un hombre que bien pudiera ser un copista, o su agente; también si los muchachos que abordan a las aprendizas son gentes de esa clase. Los detectives privados hacen investigaciones que se comunican a la policía oficial. Esta posee, en la prefectura, un fichero en el que se inscriben o señalan todos los agentes de copistas del país y extranjeros. El fichero marcha al día. En cuanto se tiene noticia de uno de esos personajes se le sigue donde quiera que vaya. Si comete una imprudencia se le detiene: arresto, prisión; si hay culpabilidad; y una fuerte multa.

Para que la policía pueda hacer esto es preciso que detenga al copista en flagrante delito. Los copistas se las ingenian, pues saben que siempre se les sigue la pista. Pero se llega a detenerlos, a pesar de que constantemente cambian de barrio y de hoteles. A veces, en la detención de un copista interviene la casualidad.

Es formidable—decíale un día en el tranvía un plomero a otro.

—Cada quince días me llaman del hotel X para que desatranque las cafeterías y desagües que están siempre llenas de pedazos de telas.

Bastó con esto. Hecha una investigación por el policía que oyera casualmente la conversación, dió por resultado la detención del copista al que se desesperaba de poder encontrar.

Además para perseguir esta clase de tipos los grandes modistos ofrecen fuertes sumas a los denunciantes veraces de copistas.

Pero ocurre asimismo que los copistas resultan robados a veces. Contratan un dibujante que en lugar de copiarles un modelo les envía dibujos que él mismo crea.

El ladrón que roba al ladrón resulta divertido.

A GUIA DE CONCLUSION

El mismo gangsterismo ataca igualmente a los perfumes, a los vinos, a mil otras cosas que se producen en Francia. Es un perjuicio, evidentemente. Pero precisamente un gran modisto decía, tomando la cosa con calma:

—Se imitan nuestros modelos, nuestras telas, nuestros perfumes, nuestros vinos. ¡Muy bien! Es la mejor prueba del prestigio que tienen en el mundo.

Paris, Julio 1939.

L. G.

«20. Bureau» (que se ocupa de asuntos de espionaje y contraespionaje, especialmente). Igual que existe el gangsterismo de los estupefacientes y las bebidas, hay un gangsterismo de moda. Bien organizado. He aquí algunos de los procedimientos de operación que tiene.

—El principio es sencillo—nos dice uno de los personajes de ese mundo. —Elija un gran costurero cualquiera, Patou, por ejemplo. Crea una toquilla que vende en veinte mil francos. Yo la compro y saco mil copias que vendo en América por 200 francos cada una. Eso me deja 2 millones. Reduzca el precio del modelo inicial 20 mil francos; añada 500 mil por la confección de las 1.000 copias; queda de beneficio: 1 millón 480 mil francos. ¡Millón y medio de beneficios en un solo modelo! ¿Se da usted cuenta?

«Alrededor de esto se ha creado una gran industria para copiar modelos y telas a los grandes modistos.

«Primero en París mismo, las modistas de barrio. Se entienden con una señora que se viste en un gran modisto. La dama se compra un vestido en Worth, por ejemplo; después se lo muestra a una costurera que hace varias copias para vender a sus clientes; a cambio de esto, vestirá gratuitamente a la dama en cuestión o la dará dinero. Este procedimiento es de los más extendidos.

«Pero al lado de esto hay lo que se puede llamar la gran industria de la copia. La llevan a cabo verdaderas bandas que operan por cuenta de los modistos extranjeros. Esas bandas se componen, en su mayoría, de mujeres que vienen a

París, sorprenden los secretos de las grandes casas de costura y los transmiten a sus patronos de América, Australia, etc., que los ejecutan en sus talleres y que hacen así una ruinosa competencia. El éxito es enorme porque no hay una sola mujer, que no se apresure a comprar un vestido que es copia de un modelo auténtico de una gran casa de París, por el mismo precio que un vestido de confección corriente. Y así se hacen fortunas colosales a costa de la sola víctima que es el gran modisto.

PROCEDIMIENTOS INDELICADOS PERO LUCRATIVOS

Para saber los procedimientos empleados por los gangsters de la costura bastará hablar con uno de los policías encargados de reprimir sus poco recomendables costumbres.

—Uno de los procedimientos más sencillos—nos dice el detective agregado a la casa X...—es el de comprar un modelo a un gran modisto y, después, copiarlo. Pero los copistas son perseguidos y los modistos les persiguen a su modo no volviéndoles a recibir en sus casas; y sobre todo, no volviendo a venderles nada. Los copistas no se dan por vencidos. Cambian de método sencillamente.

Además del procedimiento del «enamorado», que ya se ha relatado hay otros mejores.

Los copistas contratan a todo un equipo de dibujantes, todas mujeres, que se las arreglan para ser invitadas a las exhibiciones de las colecciones. Mientras desfilan los modelos cada una de esas dibujantes copia un detalle distinto; una las mangas, otra los cuellos, otra reproduce el

EN París, como en casi todas partes, se vive una vida rápida, compleja, en que los sentidos lo abarcan casi todo. Las afecciones espirituales van siendo relegadas a un segundo plano, desplazadas por el maquinismo de la hora presente. Por ello es curioso observar, en medio del vértigo infiltrado en París, cómo el perro ha sabido conquistar a las gentes colocando su personalidad, cantada por todos los escritores y poetas del globo, en una situación de privilegio que mucho cuesta en el desenvolvimiento de la vida diaria.

El perro, con su ingenuidad simplista, desarma al hombre moderno. No se deja arrastrar por la mezquindad que lo circunda y nos obliga a descender hasta él. En su interior, sólo reacciones de nobleza, de cariño, de fidelidad se producen, logrando con ellas que el amo sea noble, cariñoso y fiel. Hombres como Federico el Grande que, ante una vanidosa conquista guerrera no vacilaba en mandar hornadas de soldados a morir en los campos de batalla, tenía debilidades infantiles con sus perros del Palacio de Sans-Souci. Hoy, en París, todos los franceses, llámense o no Federico y sean más o menos grandes, se vuelven sensitivos ante la presencia de sus «toutous» predilectos.

Yo creo que los perros de París son los más mimados de la tierra, los más queridos y, al mismo tiempo, los más respetados. El perro tiene personalidad propia y ha adquirido derechos inalienables. Además de hacer, por ejemplo, sus necesidades en la acera o calle que se le antoje sin ser molestado por nadie, tiene en los cafés, donde generalmente acompaña a sus dueños, una silla en la mesa y una escudilla de agua que por obligación—la costumbre hace ley y, además, es fuente de derecho—le trae el «garçon» que se ocupa del servicio.

El francés, hombre o mujer, tiene su perro como tiene sus corbatas, sus sombreros, sus sombrillas y sus vestidos. Forma parte del todo indispensable de su dueño. Es su compañero natural. El filosófico testigo de todas sus altas y bajas. Va con él a los paseos, a las visitas, al teatro y al cabaret. La profesión de Veterinario es una de las más socorridas de París. Al igual que se dice mi médico, mi dentista, mi sastre es Fulano, con la misma naturalidad se dice mi veterinario es Mengano. Existen clínicas caninas de gran renombre donde al perro se le somete a toda clase de tratamientos, regímenes, baños medicinales, corrientes eléctricas, masajes y operaciones. Pero no sólo la salud del can es bien atendida; su belleza tiene también primordial importancia. Varios salones de gran lujo se ocupan en dar a los perros el máximo de su hermosura. De ellos salen pelados, bañados, rasurados, perfumados, manicurados. El arte de plasmar la belleza artificialmente en las personas (léase mujeres), se ha extendido a los canes que, arreglados según los cánones de la estética, hacen «pendant» completándola, con la perfección de maniquí de su dueña. Una dama bien ataviada por el Bosque de Bolonia, ceñido su cuerpo con una «robe» de seis mil francos, tres o cuatro «renards argentés» enroscados al cuello y un exquisito modelo de «chez Rebourg» sobre la cabeza admirablemente peinada por las privilegiadas manos de Antoine, el mago de las melenas, no puede dar la impresión de una verdadera mujer «chic» en su paseo por las alamedas del Bosque, si un bello perro de raza no complementa la atracción de su ajuar impecable.

Por eso al perro de París se le mima mucho. Sirve para los buenos y los malos ratos. Existen restaurantes, para canes exclusivamente, en que los compañeros del hombre se regodean con manjares de alta prosapia culinaria.



Inteligente cabeza de perro policía.

EL PERRO, simpático dictador en PARIS

Cómo viven y lo que significan los canes en la capital de Francia.—Seres privilegiados, plenos de confort y mimos.—El perro, complemento de belleza en el atavío de la mujer.—La gran Exposición canina de París.—Premios, inmortalidad, vanidades y terrones de azúcar...

por Renato Villaverde

He aquí una observación que he hecho al correr de los años. Entre los millares de perros que se ven a todas y en todas partes en París, no existe el perro «sato», tan popularmente conocido en la Habana. Todos los canes tienen su casta definida, su inscripción en el registro civil, y sus «pedigrées» más o menos ilustres, pero de los cuales los dueños siempre están orgullosos. Hay perros de todas clases; desde el galgo filosófico al mimado «loulou» de «boudoir», se recorre la variada escala de todos los tamaños. El dinámico «fox-terrier», intranquilo y juguetón; el «policia» que siempre husmea algo para justificar su nombre; los «rics» y los «racs» con sus peludas patas y enmarañadas patillas blancas o negras; el eternamente malhumorado «bull-dog»; el pequeño «pequinés» de minúsculas narices aplastadas; el «cocker» de magníficas orejas que arrastra dis-

plicente por el suelo; el «chow-chow» fuerte, musculoso, de nervio puro, aureoleado con su melancólica rojiza de león, produce una impresión de dominio y majestad; en fin, perros de caza, de apartamiento, de julo, ratoneros...

Las razas de los perros son múltiples y variadas, pero el cariño que se les tiene es uno sólo, único e invisible. Ese cariñoso se traduce en respeto para los animales ajenos. Después de los niños, son los perros los que obtienen mejor simpatía y la ayuda de las gentes de París. Un can cualquiera puede interrumpir el tráfico en una boca-calle o lanzar un ladrido de protesta cuando se aburre en el cinematógrafo, sin que por ello desborden las iras del policía que regula el tránsito, ni provocar las protestas del público comprensivo. En todo esto se manifiesta un aspecto de la magnífica cultura del pueblo francés.

El perro no es un artículo de lujo privativo sólo de las gentes acomodadas. También los heredados de la fortuna pueden tener su «toutou», ya que hay hospitales gratuitos para los animales, y hasta en las carnicerías, cuando las compras son destinadas al perro—amigo siempre del carnicero—los beefstecks bajan extraoficialmente de precio.

Tal amor, desde luego, tiene que obtener durante el año una consagración piramidal. Es una especie de gran semana del perro. Es decir, me refiero a la gran exposición de canes que se celebra actualmente. Día glorioso, el del discernimiento del Gran Premio, para los perros y para los dueños. Noticias a gran cintillo en los periódicos; aglomeración indescriptible en la Sala Wagram, donde campean las chisteras y los monóculos, las sonrisas, los trajes y los perfumes de las damas; los aparatos cinematográficos captan las escenas que días después admirarán todos los franceses que no pudieron concurrir al acto; el radio, instalado en el cenáculo donde imperan los perros, va transmitiendo a todos los hogares las emociones del Jurado ante las bellezas de los aspirantes...

Es, en realidad, extraordinario el número de perros bellos, de todas razas y tamaños, que se congregan el día de la Exposición en pos de los premios y de los laureles. Para los expertos señores que han de determinar quién es el mejor de cada clase y el más perfecto entre todos, la labor es dura y las responsabilidades grandes. El can elegido, no sólo adquiere en la bolsa de los valores un precio fantástico, sino que su nombre ingresa en el libro de oro de los perros de regia estirpe. Su dueño recibe ofertas de todo género; felicitaciones de todos los ángulos del mundo, mientras el can premiado, entre aquel barullo que no comprende, es pagado con unas gozosas palmas en el lomo y algún goloso terroncito de anticar que se filtra en su hocico de chiquillo revoltoso.

En realidad, todas estas demostraciones de los hombres, bien las merecen los perros. Son seres dedicados exclusivamente a hacer las delicias de sus amos, a acompañarlos en los malos ratos y, sobre todo, a no pedirles nada jamás. ¡Qué bonito suena esto en la presente época de egoísmos! Los canes han logrado imponerse por su noble proceder y su fidelidad a los dueños. Lo puro engendra lo puro; lo recto engendra lo recto.

¡Cuánto razón tuvo Víctor Hugo, aquel gran poeta inconforme que derramó su gran comprensión sobre todas las cosas, cuando dijo que el perro es la virtud que, no pudiendo hacerse hombre, se hace bestia...!

París, 1939.



No. Juramos que no se debe únicamente a obra y gracia del Espíritu Santo el que los inestimables tesoros del arte español se hayan salvado del fuego, del pillaje y del bombardeo... La historia es dramática. No ha sido contada: vale, por lo tanto, que lo sea. Sin contar que hace el mayor honor a Francia.-J. y J. T.

El «Hércules borracho», de Rubens. Del mismo autor se exhiben ahora en Ginebra —en la maravillosa colección del Museo del Prado, de Madrid— varios lienzos de incalculable valor.

EL DRAMATICO PREFACIO DE UNA EXPOSICION SIN PRECEDENTE

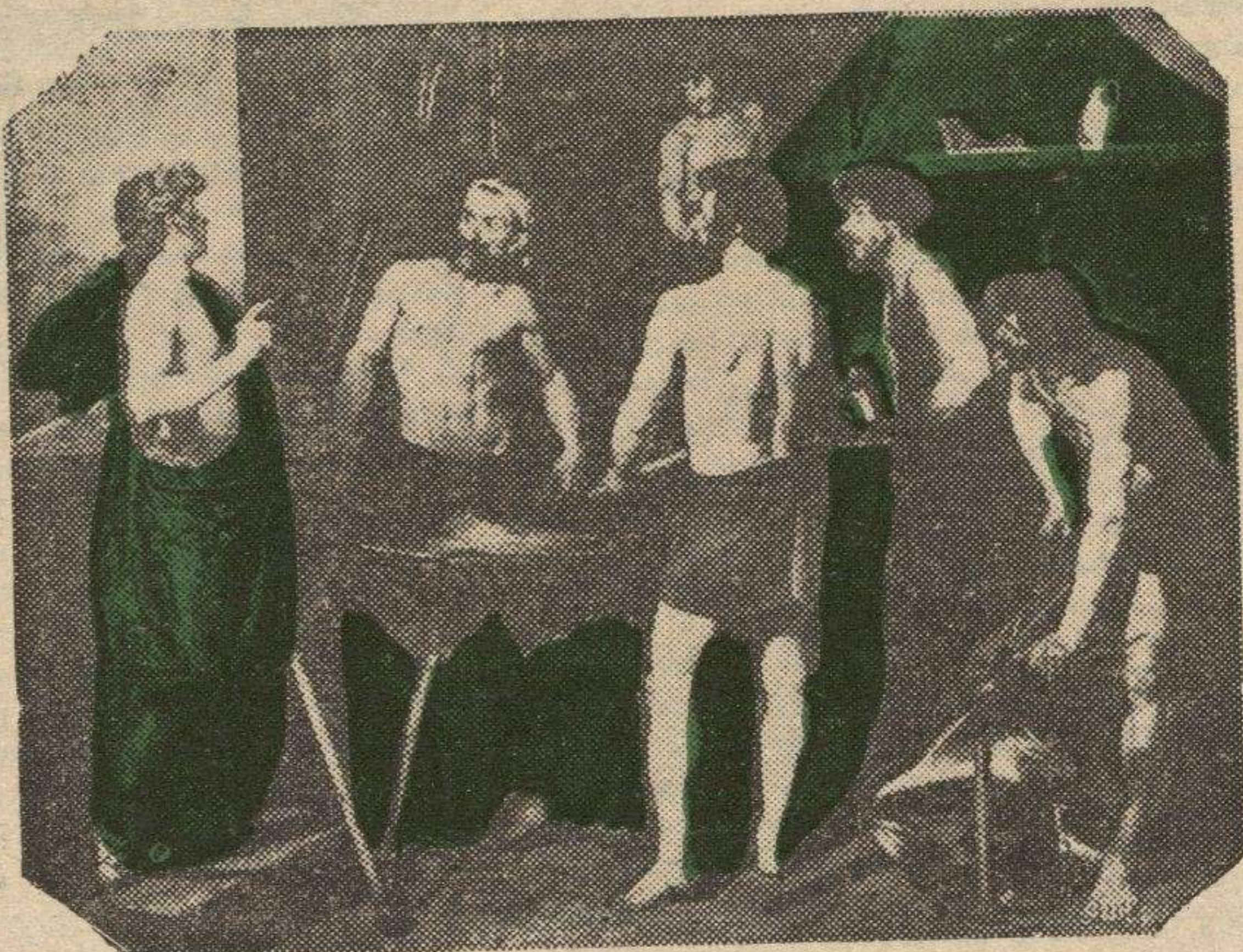
¡Estos inmortales tesoros iban a perecer! Bajo las bombas de los aviones 20 camiones hicieron 71 viajes de Figueras a la frontera, y de este modo arrancaron a la destrucción: 45 Velázquez, 43 Grecos, 36 Ticianos, 25 Rubens y la Biblia de San Luis.—Además de otras mil maravillas que pueden admirarse ahora en Ginebra.

Un gran reportaje de Jerome Tharaud, de la Academia Francesa, y Jean Tharaud.

EN Madrid, durante los primeros meses de la guerra civil, los sótanos del Banco de España y el piso bajo del Museo del Prado, que se hallaban abovedados, sirvieron de abrigo a los cuadros del Prado, de la Academia de San Fernando, del Escorial y del Palacio Real, hasta el día en que el señor Sánchez Cantón, conservador del Prado, recibió la orden del gobierno republicano de entregar el número indicado en el que se hallaban las más preciosas obras. Corrió el rumor de que el propio Rosemberg, embajador de los Soviets, por sí mismo, había hecho la lista.

¿Por qué ese traslado a Valencia? ¿Qué se quería hacer con esas obras maestras? ¿Ponerlas al abrigo? ¿Venderlas? Dejamos al lector la respuesta. En todo caso, los conservadores del Louvre juzgaron oportuno el momento para organizar en París una exposición de arte español, como meses

Al lado: «La Fragua de Vulcano», de Velázquez, que también se exhibe en Ginebra.



antes se organizaran, con tanto éxito las exposiciones italiana e inglesa.

Se entablaron las gestiones y todo parecía ir por buen camino cuando surgieron dificultades de las cuales era la más grave la de saber a quién se devolverían las obras cuando la exposición concluyese. El Louvre estimaba devolverlas al Museo del Prado, pero el gobierno de Valencia exigía que le fueran a él devueltas, o a la persona moral que él designase. Demasiado des-

confiado de la suerte de aquel gobierno de Valencia y preocupado ante todo del retorno de ese tesoro a España, fuera el que fuese su gobierno, el Louvre no aceptó tal punto de vista y las cosas quedaron ahí. Los cuadros quedaron los unos en Valencia, en la Torre de Serranos, y otros ¡resulta increíble! en el polvorín de Cartagena.

MAS DE DOS MIL CUADROS

Había allí hacinados más de dos mil cuadros, de los

cuales podían contarse ciento quince Goyas, cuarenta y cinco Velázquez, cuarenta y tres Grecos, treinta y seis Ticianos, veinticinco Rubens, el famoso Cardenal de Rafael, el descenso de la Cruz de Van der Weyden, el triunfo de la muerte de Brueghel el viejo, el autorretrato de Durero, etc., etc. . . . Añádanse manuscritos inestimables: la Biblia de San Luis (ochocientas páginas con ocho miniaturas por página), el libro de Horas de Isabel la Católica, los manuscritos de Cervantes, el más viejo ejemplar conocido del Romancero del Cid, o Poema del Cid, el mapa de Juan de la Cosa, que fué uno de los lugartenientes de Colón, y cien otras maravillas aún. Y, para coronar el conjunto, diez y seis kilómetros de tapices que constituirían el camino más prestigioso, y el más sublime paisaje, los tapices de oro de Carlos V, la conquista de Túnez, en Plata, los Juegos Campestres de Goya. . . En una palabra: la cabeza da vueltas con sólo enumerar.

Cuando el general Franco amenazó con cortar en dos el frente rojo y separar Barcelona y Valencia, se hizo una selección en los depósitos, y seiscientas cajas repletas de objetos, que fueron expedidos en camiones a Cataluña. Algunas de estas cajas, enviadas a última hora, corrieron el peligro de no llegar nunca a su punto de destino. Esto ocurrió con el famoso cuadro Las Meninas de Velázquez, que no se había quitado de su marco, pero puesto en pie, sobre el camión no pudo pasar por el puente del Ebro, ya que el puente de forma estrecha no permitía la altura y la anchura de la caja del cuadro cuya armazón chocaba por todas partes con los pilares superiores. Fué preciso bajar la caja del camión y hacerla deslizar sobre unos rodillos. La pérdida de un solo instante y todo se hubiera perdido. Unos minutos después saltaba el puente.

En Barcelona, algunas de las cajas fueron transportadas al monasterio de Montserrat, pero la mayoría se enviaron a Figueras, a algunos kilómetros de la frontera francesa y se las puso al abrigo en el castillo de Perelada; otros se guardaron en Lovajol. En cuanto a las tapicerías se depositaron en el fuerte de Figueras.

EL MOMENTO CRITICO

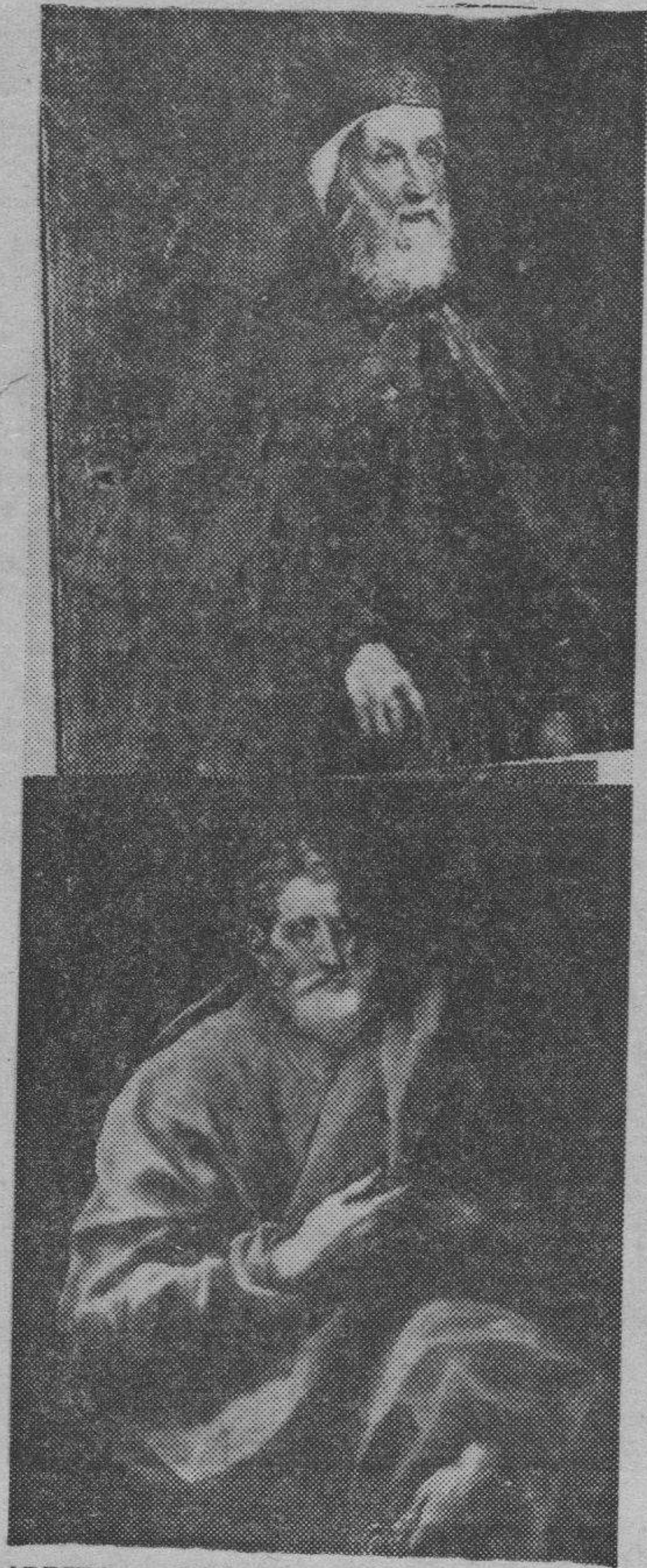
Tal era la situación cuando Franco habiéndose apoderado de Barcelona trató de aprisionar al ejército rojo entre los Pirineos y el mar. El momento era crítico, puesto que la región de Figueras y Peralada, y Lovajol, se convertía de golpe, en el centro de las operaciones militares y de los bombardeos de la aviación. Todo, pues, era de temer que pudiese ocurrir con el tesoro, único en el mundo llevado allí.

Fuó entonces cuando el célebre pintor español, Sert, que todos conocen, preguntó a quién podría él dirigirse para operar un salvamento que, de día en día, y de hora en hora, se hacía más apremiante. Se trataba de encontrar un personaje que tuviera prestigio para los rojos. El señor Avenol, secretario general de la Sociedad de las Naciones, le pareció el indicado. Sert había tenido ocasión de conocerle e, incluso, de trabar amistad con él, cuando decoraba la sala del Consejo del Palacio Ginebrino. Fué a Ginebra a verle para exponerle la cuestión.

El señor Avenol le dijo que recibiría de buen grado el tesoro español en el Palacio de la S. D. N. a condición de que la petición se la dirigieran los cuerpos artísticos más calificados de Francia, de Inglaterra, de Holanda, de Bélgica y de Suiza. Ante la petición él se comprometería inmediatamente para hacer las gestiones necesarias con el gobierno republicano para que éste consintiese en desasirse del tesoro, bajo pretexto, por ejemplo, una exposición en Ginebra de una obra humanitaria internacional.

LA INICIATIVA FRANCESA

Esta conversación tuvo lugar el día de Nochebuena de 1938. Algunos días después, el 7 de enero, el señor Sert que diez y ocho meses antes había sido nombrado miembro de la Academia de Bellas Artes de París, se presentó en ella por primera vez y aprovechó la ocasión para exponer a sus colegas el estado atroz y peligrosísimo de las obras maestras detenidas en Figueras, así como la gestión que había realizado con el señor Avenol, y lo que éste le había dicho. Pi-



ARRIBA: un Ticiano que figura en la Exposición española de Ginebra. ABAJO: el «San Pedro» de El Greco, perteneciente al Museo del Greco, de Toledo, actualmente en Ginebra.

dióles su apoyo. Con un celo unánime toda la Academia participó de su opinión y aspiraciones y desde el siguiente día rogaba ya al señor Bonnet, Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, hiciera saber al señor Avenol cuál era el sentir de la Institución.

Esta iniciativa fué seguida por una parte del Instituto de Francia, el Consejo Superior de Museos, la Sociedad de Amigos del Louvre. Al mismo tiempo en Inglaterra, en Holanda, en Bélgica, en Suiza, los directores y los conservadores de museos se adherían con el mismo entusiasmo. De tal suerte que, a mediados de enero, tal especie de plebiscito que había reclamado Avenol se había realizado.

Sin embargo la respuesta de Ginebra se hizo esperar algunos días. No era sino a medias satisfactoria. Avenol aceptaba acoger las obras en el Palacio de la S. D. N. pero se negaba a hacer gestión alguna cerca de las autoridades rojas. Y a esto quedaba todo remitido.

¿Quién podría encargarse en tan críticos momentos de esa gestión? Y en caso de dar resultado, ¿quién proporcionaría los fondos necesarios al extraordinario gasto que supondría el traslado?

Sert se fué a ver al señor Verne, director del Louvre, y al señor David-Weill, presidente del Consejo Superior de Museos y al señor Henraux, presidente de la Sociedad de Amigos del Louvre que acogieron inmediatamente la idea de formar un comité de direc-

tores, de conservadores y de grandes coleccionistas aficionados que debía sustituir al señor Avenol y ponerse en contacto con el gobierno republicano para llevar a buen fin la operación. Este comité se constituyó bajo la presidencia del señor David-Weill, por Francia, Worms Blumenthal, presidente del Museo Internacional de New York, sir Charteris por Inglaterra, Monsieur Carton de Wiart por Bélgica, Monsieur Paul Lachenal por Suiza, el Director del Museo de La Haya etc. El ministro francés de Negocios Extranjeros no dudó un segundo en dar su apoyo, y el embajador de Francia en España Monsieur Jules Henry, entonces en Perpignan, recibió instrucciones para actuar como mejor le pareciese, lo cual hizo con un fervor, una habilidad y una paciencia a las que todos los españoles, pertenezcan al partido que sea, deben estar agradecidos.

Además el señor Saujeard, vicedirector del Museo del Louvre, fué a Perpignan donde se reunió con el señor Mac Laren, delegado de la National Gallery. Estos caballeros llegaron el 31 de enero pensando que todas las dificultades del gobierno republicano estaban ya resueltas. Pero no lo estaban. El doctor Negrín y el señor del Vayo estaban de acuerdo con ellos en el fondo de la cuestión: poner el tesoro al abrigo. Pero nuevamente resucitó la cuestión delicada de la devolución. ¿A quién se devolverían los cuadros una vez celebrada la exposición? Durante tres días los señores Saujeard, Mac Laren y del Vayo discutieron sin llegar a ponerse enteramente de acuerdo.

Sin embargo, el 3 de febrero por la mañana lograron entenderse, poco más o menos, siguiendo este texto: «Una vez restablecida la paz, las obras serán devueltas al gobierno de España, para que continúen perteneciendo al bien común de la nación española». No quedaba más que aprobar el texto en Figueras por el Consejo de Ministros que debía reunirse ese día.

Por otra parte, durante aquella misma jornada, se recibía la noticia de que Gerona había sido sobrepasada y que la batalla se libraba a una distancia menor de veinticinco kilómetros de los depósitos en que se encontraban los preciosos objetos. En aquel momento todo era de temer: el incendio por las bombas, el pillaje o la destrucción por los rojos fanáticos, que hubieran preferido destrozarse las riquezas mejor que abandonarlas a los adversarios.

71 VIAJES BAJO LAS BOMBAS

El señor Saujeard no vaciló. Fué inmediatamente de Perpignan a Figueras para arrancar a toda costa la autorización de trasladar el tesoro. No sin dificultades, como es fácil suponer, llegó a las tres de la tarde. El Consejo de Ministros continuaba. A las 4, en cuanto terminó, el señor Saujeard abordó a Alvarez del Vayo, quien acabó por dar su consentimiento, a condición de que se declarase en un post-scriptum, que bajo ningún pretexto, nadie podría intentar el embargo de todo o una parte de aquellos objetos.

Eran las 5 de la tarde. La noche, una noche invernal, caía y a causa de que las conducciones de electricidad habían sido cortadas por los bombardeos de aviación, reinaban las tinieblas. En la sala del Castillo de Figueras donde nada quedaba para alumbrar tratábase de poner a punto la redacción del acta a la luz de algunos encendedores de cigarrillos. Como los encendedores se apagaban se recurrió a los faros de un automóvil que se estacionaba en el patio y que aclararon la pieza con un fulgor brutal. A las 7, por fin, se firmó.

Paso por alto las dificultades que entonces se presentaron; el teléfono estaba cortado y resultaba una obra gigante el prevenir a los jefes de los diferentes depósitos que entregasen las cajas que les habían sido confiadas. El señor Saujeard se las arregló durante toda la noche y desde la madrugada empezaron a llegar unos veinte camiones procedentes de Perpignan para repetir el trayecto entre Figueras, Paraleda, Lovajol y la frontera francesa.

Hicieron 71 viajes bajo las bombas de los aviones, que afortunadamente aquel día se distinguieron por su mala puntería (que hay que creer que no sienten) ya que ninguno de los camiones fué alcanzado.

Al 71 viaje el último camión encontró la carretera

Actualidad en el cine INGLES

Por Joan Littlefield

LONDRES, julio de 1939.—Joseph Somlo que llevó a Marlene Dietrich y Paula Wessely al cine y que ha estado trabajando en los talleres ingleses desde hace varios años, vuelve otra vez a la carga con renovadas energías.

La primera de las tres películas que está rodando en Denham, titulada «A Window in London» (Una ventana en Londres), trata de escenas y tipos de la metrópoli inglesa. La segunda, titulada «La noche del incendio» (On the Night of the Fire), gira en torno de la vida de provincia. La tercera, que lleva por nombre «El misterio del estadio del Arsenal» será de ambiente futbolístico y figurará en el reparto en cuadro completo del famoso club «Arsenal».

«La noche del incendio» promete ser interesante, no sólo por su argumento sino también por la presencia de Ralph Richardson (que está ganando actualmente 1,000 libras por semana y es candidato al premio anual de la Academia del Cine) que encarna al personaje central, un peluquero, y de

cortada por el éxodo de los fugitivos. El ayudante que lo conducía lo apartó en un bosque y, por un camino de montaña, logró ir salvando a hombros el contenido del vehículo: un Greco inmenso y tres tapices. ¿De verdad que constituían un peso!

A la llegada a la frontera francesa todas las cajas fueron precintadas y puestas bajo el control de la Aduana francesa, que fué relevada por la Aduana suiza, no cesando el control hasta el día en que, abiertas las cajas y terminado el inventario, los tesoros fueron remitidos al embajador español en Berna, acreditado oficialmente.

¿Habría que decir que el Comité Internacional que procedió al milagroso salvamento encontró en los grandes aficionados franceses e ingleses como los señores Cognacq, Weill, Henraux, lord Duveen, y otros anónimos, todos los socorros pecuniarios exigidos por la operación? En cuanto al señor Jules Henry puso todo su personal de secretariado y mecanógrafos, así como los choferes, a disposición de los salvadores.

Algunas horas después que la última caja había abandonado Figueras, el fuerte era volado. En cuanto al castillo de Perelada, que había servido de refugio a los Velázquez, a los Grecos, a los Goyas y a tantas otras maravillas, era saqueado y, en gran parte, incendiado.

¿Dejaré de tener razón al decir que esta historia hace honor a Francia y que merecía, al ser contada, sobre todo en el momento en que, pasado el peligro, todo el mundo parece haber olvidado hasta el que haya existido dicho Comité Internacional? ¿Podría creerse esto? Ninguno de sus miembros forma parte del Comité de la Exposición de Ginebra. Pero es preciso que no se ignore que sin ese primer comité, el inestimable tesoro hubiera en gran parte desaparecido, robado; y que hoy no se celebraría esa exposición de Arte Español en Ginebra, ni en ninguna otra parte...

Paris, julio de 1939.



LA TRAGEDIA SE AVECINA: Geoffrey Toone y Mary Maguire, del cine inglés, en una escena de «El hogar de un inglés», película cuyo argumento gira en torno de una hipotética invasión aérea de Londres.

LA ACTRIZ DIANA WYNYARD, QUE TRIUNFO EN HOLLYWOOD, VUELVE A LA PANTALLA EN INGLATERRA.—LA GUERRA AEREA SIRVE DE ARGUMENTO A UNA CINTA DE GRAN ESPECTACULO Y METRAJE

Diana Wynyard, que vuelve a la pantalla después de una ausencia de cinco años y que interpreta el papel de la mujer despilfarradora del peluquero. Dirígela cinta Brian Desmond Hunt, cuya «Cárcel sin rejas» se recordará y que comenzó su carrera cinematográfica en Hollywood, en calidad de director artístico de la empresa Warner Brothers.

Las escenas exteriores de la cinta se han rodado ya en Newcastle. Cuando visitamos los talleres, durante la primera semana del rodaje en los estudios de Denham, nos condujeron al «set», que representaba una triste plaza del mercado, rodeada por casas escuálidas, de ladrillo rojo, y pavimentada con gruesos adoquines, sobre los que pasaban carros de mano llenos de ropa vieja. Los artistas descansaban en esos momentos. Diana Wynyard, vestida con una blusa rosada llena de encajes y una falda ordinaria color vino, nos recibió en su pequeño camerín, situado junto al «set».

DIANA WYNYARD

La actriz, conocida por su elegancia, nos dijo que había hecho una visita a buen número de ropavejeros en busca de las prendas que vestirá en la película, y que la había divertido grandemente escoger las ropas que, a su juicio, usaría la mujer de un peluquero de provincias con aspiraciones a ser mujer elegante.

Preguntamos a la artista por qué había abandonado a Hollywood después de haber logrado el éxito que tuvo en «Cabalgata» y en otras cintas, y a qué se debía su retorno a la pantalla.

—Extrañaba a mi país—nos dijo—, y no me pareció que me sentiría dispuesta a firmar contrato por mucho tiempo. Además, quería regresar al teatro. Al principio rehusé interpretar el papel que hago, pero el señor Somlo me persuadió a que leyera el argumento y me indicó que interpretaría el papel masculino principal Ralph Richardson, y finalmente me convenció. La trama es sencilla y creo que emociona. Se trata de un peluquero de provincia que roba dinero porque su mujer, amante del lujo, le ha hecho incurrir en deudas. Le ha-

cen víctima de un «chantaje» y al fin tiene que cometer un asesinato y darse a la fuga.

En ese momento se daba comienzo de nuevo a la obra, y la artista se despidió, uniéndose a su «marido» en el interior de la «peluquería», donde interpretaron una escena breve y sin palabras.

Dave Crowley, ex campeón británico de boxeo de peso liviano interpreta en esta cinta el papel de pugilista, aunque sin intervenir en ningún combate.

«EL HOGAR DE UN INGLÉS»

En un «set» adyacente al anterior la empresa «Aldwych» está haciendo una película cuyo punto más interesante será la invasión de Londres por un ejército de cien mil hombres que se lanzará a tierra con paracaídas, traídos por aviones precedidos por miles de aparatos de bombardeo. La cinta es una versión modernizada de la obra teatral de Guy du Maurier titulada «An Englishman's Home» (El hogar de un inglés), que previno a los ingleses que se acercaba la guerra en 1913.

En esta cinta toman parte dos artistas interesantes. Uno de ellos es Mary Maguire, joven australiana que se destacó en Hollywood, y el otro es Geoffrey Toone, irlandés, de un metro 88 de estatura, apuesto y de quien se dice que llegara en breve a ser un «astro» completo.

Toone intervino en el rodaje de la última película de la actriz Flora Robson, titulada «Poison Pen» (Cartas anónimas). La Sra. Robson «descubrió» a Toone hace ocho años, cuando éste era estudiante en la Universidad de Cambridge y ella participaba en el festival teatral que se da allí periódicamente, en compañía de Robert Donat.

Creendo que el joven actor (no tiene más que 28 años actualmente) tenía suficientes cualidades, la actriz le hizo un papel secundario en el drama «The Anatomist» (El disector), en el que ella obtuvo un triunfo en el teatro londinense. En su primer papel cinematográfico, hace año y medio, Toone encarnaba a un oficial de marina. Tanto complació a la empresa su desempeño en esta película que inmediatamente se le encargó un papel más importante en «Luck of the Navy» (La suerte de la Marina).

Niebla sobre Charyenne

por Adela Rogers St. Johns

A voz de Timmy temblaba a impulsos de la cólera y el miedo.

—¡No puedo, Bill! ¡Créeme, no puedo! —Le dolía la garganta y su manita fría fue a restregar los ojos que sentía humedecidos por las traidoras lágrimas. Gracias al cielo, Bill no podía ver su rostro por el teléfono; no sabría de la emoción de quien creía impermeable a todas las sensaciones. Sólo una vez la había visto llorar—aquél terrible día en que treinta escolares perecieron víctimas de un incendio.

Durante los cuatro años que trabajara con él no había invocado nunca su condición de mujer para ser alejada de los trabajos peligrosos... ¡Bill debía tener eso en cuenta! El teléfono indiferente recibió su voz angustiada: —¿Me oyes bien, Bill? —Tal vez él no la oía... tal vez por eso le ordenaba continuar. Entre los dos se extendía esa región oscura por sobre la cual la había conducido el aeroplano cientos de kilómetros de montañas, valles ríos y ciudades que se disolvían tras el vuelo.

Allí estaba ahora en la cabina telefónica de un aeródromo, lejos de Nueva York... El viento enviaba súbitos chaparrones contra el edificio; por sobre el hombro su mirada de terror, abarcó la noche tormentosa y una cortina de niebla gris que se adivinaba húmeda, pegajosa, presionando y amenazando con cubrirlo todo.

Entonces: — Sí, querida, te oigo perfectamente... — Timmy contuvo un suspiro de alivio. La voz de Bill en sus oídos había sonado tan cercana, era tan querida, tan maravillosa, que la sangre helada de sus venas se entibió algo. Pero eso no bastaba a apaciguar el temblor de los nervios que martirizaban su cuerpo como las puntas de afilados puñales. Sus dedos se incrustaron en el tubo del teléfono, por el enorme esfuerzo hecho para lograr que su garganta diera paso a las palabras. — Querido... Por primera vez he sabido lo que significa la palabra lluvia... Nadie puede comprender su poderío, si no la ha presenciado en esos espacios abiertos y amplios, desde una altura de varios miles de pies... —Ningún comentario, ninguna respuesta. Timmy, perdido el control, dió paso a las palabras amargas. —Tengo miedo y no puedo evitarlo. Me he hecho a mí misma miles de razonamientos, que de nada han valido, tengo miedo... Las largas horas pasadas allá arriba en el aeroplano, con ese ruido ensordecedor, me han dejado exhausta. Además esos relámpagos... ¡Oh!—La línea telefónica rugía... pero no, debía ser el viento, o sus propios oídos

que devolvían en furiosos golpes la tortura pasada. ¿Por qué no hablaba Bill?

Al fin lo hizo. — ¿Qué te pasa, pequeña, ¿A qué vienen esas quejas absurdas? Te encuentras en el aeródromo, sentada cómodamente y con un teléfono a tu disposición, ¿no es así? Y dime: ¿se puede pretender más? — La palabra breve, cortante de Bill, era una de sus características, la principal quizá de su extraordinaria personalidad, esa brillante personalidad que lo arrollaba todo a su alrededor, incluso a ella. Colgada del teléfono, Timmy cerró los ojos y dejándose conducir por la imaginación al lado del amado, lo vió sentado tras de su escritorio, hablando con ella mientras sus manos hábiles corregían pruebas, echaban firmas, se ocupaban de varias cosas a la vez, y sus ojos avizores no perdían detalle de lo que ocurría más allá en la ruidosa oficina con ese eterno movimiento, incesantes conversaciones, febril actividad que caracterían a la redacción de un periódico. De los ventanales llegaba el ruido de Nueva York, que se desbordaba en la luminosidad de Broadway...

A través de los kilómetros, Timmy encontró las dos cosas amadas; su novio, su ciudad, pero... ¿por qué ese temor al pensar en Bill y sus desvelos por el periódico que dirigía? ¿En él, con sus cabellos negros siempre revueltos, su cuerpo esbelto y nervioso siempre en movimiento? Dieciocho horas habían pasado desde que él la besara al despedirla en el aeródromo de Newark y bajo la influencia de su energía ella había olvidado su propia cobardía, ese temor irrazonable e incontenible que le causaban los aeroplanos. Hasta había logrado convencerse de que todo no iba a ser sino una agradable aventura, su última gran aventura de cronista en procura de una primicia, antes de convertirse en la esposa de Bill... Ahora Bill y el poder de sus energía física y moral estaban lejos, y ella se encontraba sola en un aeródromo.

—Hay un tren que parte muy temprano para Salt Lake City... —dijo débilmente. —¿No podría tomarlo, en lugar de partir esta noche en aeroplano?—Bill debía comprender sus temores... «tenía» que comprender. Siendo como es el mundo un receptor de milagros, cuando se puede atravesar sobre ciudades y montañas en un pájaro de hierro y sostener una conversación a través del espacio, a pesar de la noche oscura y tenebrosa, ¿por qué no había algo que tocara el corazón de Bill? Un milagro que le hiciera comprender su temor, su cansancio, sin obligarla a renunciar a ese estandarte de valor y orgullo que ella había

hecho flamear sin descanso por él... En la respuesta de Bill hubo de todo menos comprensión.

—El viaje del tren te haría perder doce horas preciosas. Lo tomas y no llegas a la sección inicial del juicio oral por el crimen más sensacional de la temporada. En cambio, con el aeroplano llegas allá por la mañana... Y una nota de los hechos más salientes acompañada de tus acertados bosquejos hará una primera plana colosal... ¡Necesito tu presencia en la sala del tribunal!

Pacientemente expuso sus razones.

—El tiempo está malísimo, creo que no podría estar peor. Lluve sin interrupción, hay truenos, relámpagos, niebla a intervalos. Mándame donde quieras a pie, en auto, en coche, en tren... pero si debo subir otra vez en ese aeroplano y sentirme elevada hacia ese cielo tenebroso, creo que mis nervios no resistirían la prueba... ¡Me moriré, si me moriré!

—¡Tonta! ¿No comprendes que del aeródromo no saldrá ni un aeroplano, a menos que el tiempo lo permita? ¿Crees tú que esa gente se arriesgará si hay peligro? ¡Vamos, déjate de explosiones nerviosas y prepárate para tu trabajo!

—¡Oh!... Pero tú no me has entendido...—La desesperación se infiltraba en su voz.—No es precisamente a un accidente a lo que temo... sino a volverme loca con ese ruido ensordecedor... El viaje de dieciocho horas me ha deshecho...





ordenó que reanudes el viaje y que vayas a llamar a tu deber... Mañana, a la una a esperar, espero tus notas y dibujos... —Y en la transición. — ¡Caramba, Timmy! ¿Se puede saber si te ha pescado el microbio de la idio-

ría, una cólera ciega e intensa, barrió todo de desesperación en Timmy. Sus mambambas, su cuerpo entero temblaba a sus pies. —Si lo tuviera cerca en estos momentos me daría con placer... —era el grito de su corazón. Todo su amor por ese hombre parecía haberse convertido en odio. — Está bien... Iré. — Sus palabras salían dificultosamente de sus labios. —Si parte ese maldito aeroplano, yo estaré contigo. Tú lo ordenas; es muy fácil hacerlo desde esa cómoda silla giratoria de una moderna oficina en Nueva York... Pero te obedeceré, procura darme una primicia más para el periódico... Eso es lo que quieres, todo lo que esperas de mí.

haberlo adivinado hace tiempo, y no dejes de insistir por tus palabras mentidas. Sí, sí, porque si en realidad me amaras jamás ocurriría desatender mi súplica. Iré... , pero me anora todo ha terminado entre nosotros... vuelve tu palabra de casamiento, puedes irte a ella al Infierno. ¡Espero no volver a verte en toda mi vida! — El tubo chocó contra la pared impulsado por la mano de Timmy y el ruido levantó desagradables ecos en la desierta sala. Pero nada de esto importaba a Timmy, era ciega y sorda de ira. ¡Su maldito periódico era todo lo que importaba a Bill; el diario era la primera plana, su altar. Y porque era Timmy Raynes, famosa por su extrema fidelidad como cronista, olvidaba que era al mismo tiempo Timmy, su prometida, una chica que lo amaba... Entre su condición de novio y su posición de «estrella» del periodismo, Bill desdefinía la primera por la última. ¡Muy bien! Iría en el aeroplano, conseguiría la primicia y luego, ¡adiós periódico y a Bill!

¡Caramba! Parece usted una fiera enjaulada. ¿Qué pasa? — la voz varonil y dulce hizo eco en sus oídos. Al darse vuelta Timmy encontró a tres hombres uniformados que la miraban con expresiones distintas, pero igualmente animadas. Han sido de un momento de ellos, un muchacho pelirrojo y un muchacho de admiración e interés en los azules del otro, un muchacho muy rubio. Al mirarlo Timmy se dio cuenta de una sorpresa que era uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida. Su mirada espléndida hacía pensar en Mercurio, el dios más hermoso de los dioses.

¿Qué pequeña es usted! —era el joven dios que hablaba. — ¿Era a su novio a quien gri-

taba en esa forma? — Al no recibir contestación su voz se hizo muy suave. — Tiene usted la cara toda sucia...

—Eso no es asunto suyo. — Timmy se sentía desfallecer. Imposible pensar en la propia apariencia cuando nuestro mundo se desmorona a nuestros pies, cuando lo que más queremos está muy lejos y nos abandona a nuestra suerte, cuando debemos hacer algo que nos horroriza. Timmy se echó el sombrero más sobre los ojos; probablemente el apuesto aviador se reiría de su cara sucia, de sus labios azules por el frío, pero ¿qué importaba eso?

—Mi nombre es Smith... — El rubio piloto parecía dispuesto a entablar conversación. — Ya sé que no es asunto mío, pero es usted demasiado joven para andar fuera de casa en noches como éstas. Me sorprende el que su madre lo haya consentido. — Dijo esto tan seriamente que en el corazón de Timmy algo pareció romperse. Ella, con sus cuatro años de trabajo y aventuras bajo la férula imperativa de Bill; ella, acostumbrada a sacar provecho hasta de su misma pequeñez, para lograr lo que exigían Bill y el periódico. Este joven no sabía nada de eso: él sólo veía y compadecía a la jovencita delgada y frágil cuyo rostro, precioso a pesar del cansancio, ostentaba un par de ojos enormes y azules y una boquita temblorosa. Probablemente el joven Smith, del servicio aéreo, no había oído hablar jamás de Timmy Raynes, la gran periodista. —Usted necesita cuidados y atenciones... —Suave y muy dulcemente hablaba el joven. —Apostaría a que ni siquiera ha cenado...

Esto acabó de abatir la resistencia de Timmy. El temor, el cansancio, la desesperación, el enojo, se fundieron en una ola ardorosa. Nadie había sentido compasión por ella; nadie se había preocupado tampoco de su vida, y a fuerza de verla apta para cualquier emergencia, habían olvidado que en el fondo era una débil mujer cuyos nervios podían traicionarla.

—Pobrecita..., pobre pequeña, tan frágil y sola... —murmuró el joven Smith al sostenerla cuando en una tormenta de lágrimas Timmy se apoyó ciegamente en él. Timmy hubiera dado cualquier cosa por recobrar la serenidad; por la fuerza de rechazar esos brazos protectores, pero a

pesar suyo esos mismos brazos le procuraban una sensación tal de seguridad que su cuerpo débil no admitía la interferencia de la voluntad. Entre sollozos se separó para explicar al rubio piloto su situación, y el movimiento hizo resbalar el sombrero de su cabeza. Sus cabellos dorados se desparramaron y en ese preciso momento el joven Smith se enamoró de ella. De acuerdo a las mejores tradiciones del servicio aéreo y en la forma usual a un joven que desafía a la muerte diariamente y no tiene tiempo que perder, se enamoró locamente, a primera vista. El amor se posesionó de él, como antes la aviación, completamente, con la misma gloriosa sensación de absolutismo. Sus dedos temblorosos acariciaron las ondas doradas. —¿A dónde irá desde aquí, pequeña?

—A Salt Lake City. —Todavía corrían lágrimas por sus mejillas.

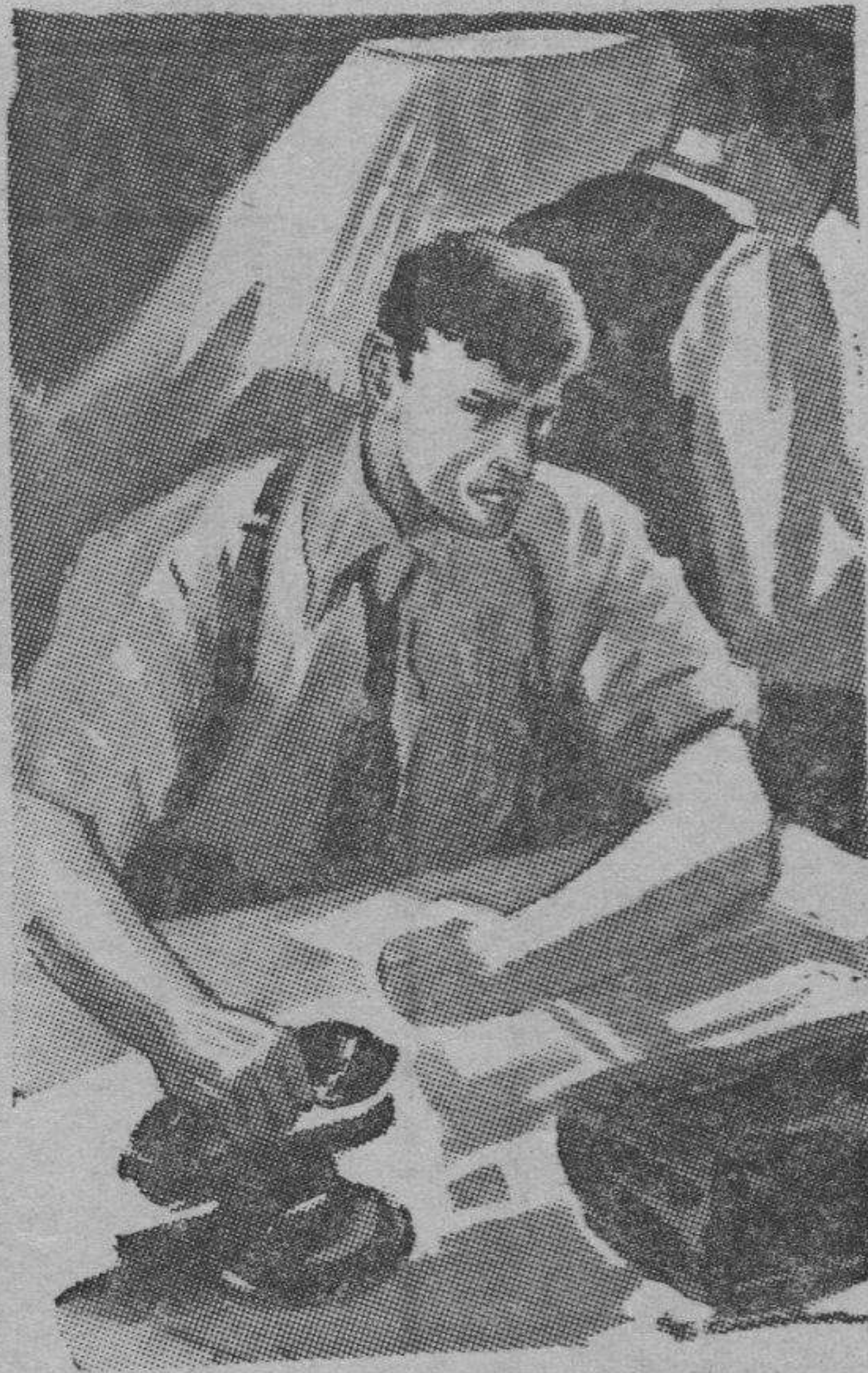
—La alegría puso una luz en los ojos del muchacho. — ¡Oh! Pero entonces no tiene por qué preocuparse. Yo seré el piloto del aparato que parte para Salt Lake. Ahora venga a comer algo. Hay tiempo suficiente.

La condujo al único restaurante del pueblo. Los otros pasajeros detenidos igualmente por la espesa niebla sobre Cheyene, habían cenado ya y vagaban por las calles como almas en pena. Mientras Smith ordenaba la cena, el muchacho pelirrojo, que había volado con él como co-piloto durante años, contempló a su amigo con ojos comprensivos. No se necesitaba mucha penetración para adivinar que Smith estaba enamorado. Bien, eso no era de extrañar, y esta chica era muy bonita. Además había algo en su cuerpecito esbelto, una cualidad profundamente animada y viva que hablaba de voluntad educada en dura escuela... Sería la compañera ideal para un piloto. Bajo el mantel la mano de Smith apretó la de Timmy y al entrever ella la pasión honesta y juvenil que traicionaban los ojos azules del joven, sintió los latidos de su corazón en la garganta. A pesar de sus protestas de amor, Bill jamás la había mirado así. Al correr por su garganta el primer bocado caliente después de dieciocho horas, la invadió una extraña somnolencia y a la pregunta ansiosa de él: —¿Se siente mejor? —asintió casi adormecida. La comida y la tranquilidad que la infundía el joven había sosegado sus nervios, levantando en cambio otras emociones. El era tan bueno, tan gentil, tan simpático. Con su magnífica presencia borraba el pasado y el futuro de su horizonte sentimental. En el auto que los con-

La gloria reinaba en su alma, la de saberse en el aire sin temor. La pequeña puerta se abrió y el amigo del Smith se asomó por ella. —Venga, señorita. La cabina del piloto la recibió la sonrisa simple y confortante del muchacho. Los auriculares apretaban sus rubios cabellos, su resbelto se aflojaba sobre el asiento; sólo los ojos y sus ojos estaban alertas, vibrantes, que infringía un reglamento al permitir el paso de un pasajero en la cabina, pero ésta era una gran ocasión, una ocasión que no volvería a presentarse. Nadie podía culparlo en rea-

lamente tranquila Timmy contemplaba las montañas, moles gigantescas que el aeroplano veía desde la altura, y de pronto, sin saber cómo, volaron dentro de la niebla, una niebla espesa y sofocante, que brotaba quién sabe de dónde como un manto lo cubría todo, borrando el horizonte, la tierra abajo. Repentina, traidora, acababa sin compasión. El aeroplano se desorientó, inclinándose hacia la tierra como si abría amenazante como las fauces de un monstruo. Los ojos del copiloto formularon una pregunta a la que el joven Smith contestó con un silencio. Cuando miró a Timmy toda su expresión era de triunfo, desafío, victoria. La tradición no mentir, no mentía. Todos se salvarían si él llevaba a su amada por primera vez. El avión se movía ahora en un círculo vicioso, y cada vez más abajo, más abajo. — Este es el momento. — La mente de Timmy era un revuelo de ideas. — Hay montañas alrededor nuestro, altas, sólidas. Estamos volando a través de ellas por un paso insuficiente para atre-

vernos de media hora, el rostro de Smith es un miedo; gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente, pero no era el miedo lo que las hacía caer, sino la tensión de la lucha contra la máquina con el aparato que se adelantaba en la oscuridad, tan pronto lento como rápido, hacia adelante en círculos inacabables. Estaban perdidos en las montañas, Timmy lo supo ahora con certeza. Claro está que tenían compases e instrumentos que no había espacio para aterrizar en esos altos picos que ella había visto iluminados por las estrellas. Inclinandose sobre ella, Smith le habló con firmeza. — Voy a volver al aeródromo, pero no puedo conducir el aparato a través de la niebla, pero el camino recorrido está libre para el viaje de vuelta a Cheyenne... — Sin embargo era así, pues la niebla se había despartido detrás de ellos. Niebla sobre Cheyenne... ¿sucedería ahora? Y el clamor de su corazón era: morir. Con su mente de cronista discriminando en el desastre, familiar a los desastres que ellos significan primicias, Timmy tuvo una visión y terrible visión del accidente tal cual sería. El descenso vertiginoso, el horrible estrepito, la explosión del motor, las lenguas de fuego por su cuerpo, el sufrimiento y la muerte. Pero casi milagrosamente todo el terror se abandonó; de un momento a otro empezó a ver el suplicio—lo veía en la cara pálida del copiloto en los labios apretados de Smith—y sin embargo cada gota de sangre de su cuerpo, cada gota de su alma, era un ruego desesperado a su amor se hizo de pronto tan poderoso que venció todo; ese amor que era una parte de él mismo, como los latidos de su corazón. A pesar de todo, no había dejado un solo segundo de vida. Si moría, moriría con su nombre en los labios de Bill, el primero y el único. Deseó ardientemente que Bill le había proporcionado siempre confianza absoluta en su coraje, un saludo de fuerza. Quería esa ruda demanda, esa actividad de su amado, que guiaba y ordenaba sus actos, no máquinas. Sube en el aeroplano y cumple tu deber. Aunque él hubiera sabido que la muerte donde la enviaba, su orden estaba cumplido. ¿No era ese su trabajo? Ella lo había aceptado, recibía su sueldo por él y una parte de la fama que procuraban los triunfos. Admiración y reverencia hacia Bill invadieron su alma. El no se había dejado convencer con facilidad; su propia orden había sido una nueva orden de amor, la antorcha de su fe por la que había elegido. El aeroplano empezó a moverse de nuevo, con ese movimiento que la hacía sentir; en los controles el joven Smith sonreía, tan feliz como si amara esa batalla y era seguro del triunfo. Era la fe, fe resplandeciente y pura lo que patentizaba su actitud. ¿Su amor? ¿La novia del piloto? Timmy restregó sus manos una contra la otra en un paroxismo de emoción. Ella pertenecía a Bill, sólo él tenía derecho a llamarla «novia». La gentileza del mu-



chacho, su simpatía, la batalla de sus propias emociones, la ira de una mujer impulsada a herir al ser amado, todo esto combinado con su temor y cansancio físico, la habían llevado a engañarse a sí misma y a él. ¿Novia del joven Smith? ¡No! Y debía decirse a él para poder morir en paz.

Pero, ¿cómo abatir la fe del muchacho? Ahora que la muerte era un pasajero más en el aparato, esa tradición de los aviadores no era más que una tonta superstición. Representaba la fuerza que lo mantenía valiente y tenaz en la emergencia, con la vida de todos pendiente de él y su sangre fría. Si ella callaba, esa cualidad casi sobrehumana que se llama fe, podía llevarlos a la salvación. Con este pensamiento volvió a la realidad de los hechos. ¿Cuánta nafta quedaría en

el motor? ¿Cuánto tiempo hacía que luchaban con la niebla? ¿Habían sido minutos u horas? Cuando vió la cara del copiloto, Timmy comprendió. Estaban perdidos, y entonces se decidió. Debía decir la verdad, debía ser leal a Bill, borrar ese momento de traición a cualquier precio. Además si el joven Smith se fiaba de esa tradición para salir de apuros, nada podría hacer, pues ninguna mentira tiene poder frente a la muerte. Con estos pensamientos su mano reposó sobre el brazo de él. —Escuche... —nunca palabras tan difíciles habían brotado de sus labios. Yo no soy su novia, no podré serlo jamás... Mi prometido está en Nueva York y hoy he comprendido que nada en este mundo ni en el otro nos podrá separar. — No creyó poder hacer esas palabras audaces, pero ya estaban dichas y sus ojos espantados se clavaron en los del joven Smith. El no dijo nada, pero pareció petrificarse bajo su mirada y una sombra de dolor veló sus facciones...

Timmy se volvió y lentamente salió de la cabina. Ya no había esperanzas. — No quiero tener miedo, no quiero—era su ruego. —Eso es una cobardía y bastante cobarde he sido ya... Bill me despreciaría si supiese. —¿Dónde había ido a parar ese valor que él amaba en ella? Debía hacer algo... Esforzándose atrajo una sonrisa a su rostro y su palabra suave y tranquila llegó a los demás pasajeros. —He estado con el piloto hasta ahora y puedo asegurarles que ya no hay peligro. Ha encontrado la ruta y en otro momento estaremos lejos de la niebla...

Los minutos siguientes fueron de pandemonium; el aparato giraba para arriba, hacia abajo y luego, en un último jadeo, pareció detenerse en el aire, vibrar de alegría y partió a poco como un caballo desbocado. Algún milagro había hecho posible la salvación y estaban volando derecho hacia Cheyenne libre ya de la niebla, hacia las luces del aeródromo que eran las puertas del cielo para todos.

El teléfono había seguido en el mismo sitio inmutable como todo lo inanimado mientras ellos jugaban a las escondidas con la muerte sobre los altos picos de las Montañas Rocosas. No le llevó mucho tiempo a Timmy conseguir la comunicación con Nueva York. —Bill, oye. Pasó algo desagradable. El aeroplano volvió sin poder alcanzar Salt Lake, por la niebla.

—¡Caramba! ¡Vaya una mala suerte! Eso significa la pérdida de una magnífica nota: ¿Te asustaste mucho, querida?

Timmy reprimió algo que tanto podía ser una carcajada como una plegaria: No mucho...

—Muy bien. Cuando llegues a Salt Lake trata de recuperar el tiempo perdido. Adiós, querida. Te amo...

SALUD A LOS FUERTES!

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, deben tomar vino de




Quinium Labarraque

APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt : Maison FRÈRE
19, Rue Jacob, PARIS

ADEREWSKI SE RETIRA



Uno de los últimos retratos de Paderewski. Al lado: admirable apunte del famoso pianista.

EN un hotel de la orilla izquierda un viejo alto, con el cabello blanco que a menudo tiene reflejos de oro, al cuello una corbata *lavalliere* que cae sobre su chaqueta de seda negra, se asoma de cuando en cuando a la ventana. Penetrado de una mezcla de melancolía y ensimismamiento escucha los ruidos de París que suben de los muelles y los puentes del Sena. Es Ignacio Paderewski, quien, de regreso de América, desde hace breve tiempo, espera que un refresco relativo de la temperatura le permita tomar el tren para Suiza y llegar a su villa de Morges, al borde del lago de Ginebra. Dos veces al día, un hombre de aspecto grave, el doctor Choussaud, entra en el cuarto y se acerca al ilustre paciente.

—Nada de visitas—le dice.—Sea Vd. prudente y le garantizo que de aquí a algunos meses de descanso experimentará Vd. un restablecimiento completo.

No se puede decir que Paderewski tenga, desde ahora, que resignarse a no volver a tocar el piano, pero ha tenido que interrumpir, en el veinte, una serie de conciertos que estaba dando en los Estados Unidos, y en la que, a sus 76 años, actuaba con el mismo ardor y el mismo talento que en las épocas de su madurez y de su juventud.

EL «LEON» DE LA MUSICA

Hace cincuenta y un años Paderewski dió su primer recital en París. No tenía público, pero por suerte Colonne contrató al joven pianista polaco para que actuase en uno de sus conciertos sinfónicos. Allí triunfó Paderewski y se convirtió, de golpe, en el «león» de la temporada de París. Sin embargo, ya antes, había revolucionado con su ejecución a las provincias polacas de Rusia. Había aparecido como concertista a la edad de diez y siete años.

Su maestro en Viena, donde estudiaba, fué el famoso Eleschetizky.

A los veinte años Paderewski ya era célebre. Se le llamaba *Chopin 2*, sucesor de su genial compatriota. Saint-Saens, que no prodigaba sus admiraciones decía de él: «Paderewski es un genio que por casualidad toca el piano».

Bastó luego haber contemplado atentamente al gran polaco cuando pronunciaba un discurso político en inglés, en francés, o en su idioma para darse cuenta de que se trataba de un ser completamente distinto a los célebres «virtuosos» que recuerda la Historia de la Música. La mayoría parece que estuvieron— y los actuales están—concentrados en su actividad musical y que, saliendo de ésta, miran al mundo con ojos de niño. Paderewski, por el contrario posee un cerebro capaz de juzgar las cuestiones más complicadas de la presente hora política. A pesar de su intenso peculiarismo polaco y de su apasionada devoción por su patria resucitada, Paderewski es lo que puede llamarse un hombre universal.

EL ABOGADO DE POLONIA ANTE EL MUNDO

Su carrera es fácil de resumirla en una sencilla fórmula: Cincuenta años de gloria entre los cuales habrán de contarse cinco de apostolado. Pero esos cinco años fijarán su nombre en la Historia tanto como los otros colmados por los éxitos del «virtuoso» y de compositor. Fué en 916 cuando dió comienzo a su propaganda en favor de Polonia pronunciando innumerables conferencias, y también mediante gestiones cerca de los directores de la política de las potencias; gestiones y visitas que allanaba su inmensa popularidad y celebridad.

¿Quién sería capaz de negarle una entrevista a Paderewski? En todo caso, no el presidente Wilson. Y llegó un día, a comienzos del año 1917 en que la conversación fué decisiva. Paderewski mostró tan apremiante, tan luminoso, tan elocuente, que el presi-

dente escribió en su memoranda: «No olvidarse de que Polonia tiene que ser independiente y que necesita una salida al mar».

Esta fórmula debía, ser empleada en los catorce puntos que sirvieron de base a la elaboración de los tratados de paz. Verdad es que el presidente Wilson concebía Polonia de modo diferente, tal vez menos centralizada y respondiendo mejor a la diversidad de poblaciones que debían integrarla. Mas Paderewski ya no es responsable de cómo se hiciese. Si mereció el nombre, debido a su propaganda admirable, de creador de Polonia, el segundo fundador del nuevo Estado, el mariscal Pilsudski tenía, por su parte, ideas, y su influencia predominó y fué él quien logró trazar la nueva Constitución del país.

En todo caso Paderewski ha conservado siempre por el presidente Wilson un sincero y pleno sentimiento de admiración.

—Era—me decía un día—un alma grande, abierta a la humanidad y que no se hallaba osbtruida por ninguna prevención, ni prejuicio?

Siempre amó Paderewski recordar los detalles de la entrevista histórica en la que obtuvo el beneplácito del presidente por la resurrección de su país.

La imagen de Polonia poderosa y próspera le seguía sin cesar. Durante mucho tiempo la vió como una forma luminosa, que llegó a transformarse más

maravillosa realidad, pero que su alma de artista era más bella aún.

En él, puede decirse, sentimiento que iguala el patriotismo, salvo su odio por los dos países que persiguieron a Polonia: Rusia y Alemania.

LA VUELTA A LA PATRIA

Un día maravilloso en la vida de Paderewski fue el día de la vuelta a su país renaciente. El mariscal Pilsudski, jefe natural del Estado, le pidió que fuese ministro y ministro de Negocios Extranjeros. Después salía para París con un gran séquito. Se alojó en un hotel de la calle de Rivoli, donde pasó casi todo el tiempo que duró la Conferencia de Versalles. Comprendió seriamente su gran fortuna, ya que aceptó el menor subsidio de Polonia y se comprometió a pagar de su bolsillo todos los gastos de la gira que le acompañaba.

Lo que es que sus tarifas habituales de concertista eran bastante altas y bastante substanciosas. La célebre cantante Adelina Patti ganaba 5.000 dólares por noche. Paderewski ganaba hasta 7.000. No dudaba en dar conciertos en salas de 3.000 y 5.000 asientos. Fue el primero que se atrevió a tocar en el Hall of the Madison Square Garden sin ningún acompañamiento. En esta sala gigantesca fue donde ocurrió que un día, cuando le esperaba una muchedumbre de 5.000 auditores impacientes, hubo de presentarse ante ellos el empresario para anunciarles que Paderewski, aquejado por grave indisposición no podía tocar. Produjo tal emoción la noticia que muchas personas que se hallaban presentes se negaron a aceptar la devolución del dinero de sus localidades, pidiendo que las sumas se consagrasen al aumento de los honorarios del gran artista.

La actividad oficial de Paderewski no duró mucho tiempo. Desde 1921 volvió a su carrera de «virtuoso errante». Era demasiado orgulloso y demasiado independiente para poder plegarse prolongadamente a un sistema tan autoritario como lo era el mariscal Pilsudski.

PADEREWSKI Y EL PUBLICO PARISIEN

Al principio del verano de 1921 cuando los bolcheviques provocados por la arriesgada expedición de Pilsudski hacia Kief, invadieron Polonia. Varsovia estaba en peligro. Y no fué alejado dicho peligro más que por una audaz maniobra ordenada por el propio Pilsudski, a quien el general Weydand dio oportunos consejos al caso. De vuelta de Spa a París, me encontré que Paderewski estaba aquí, en un hotel de la calle de Vendôme. Subí a su salón. Se hallaba estudiando Chopin y, si mal no recuerdo, tocaba una polka de Chopin que comienza por un ritmo fúnebre y termina en un bombo menor...

—me dijo— Polonia, que es el país de donde nacer, no puede morir. Un sueño lleno de esperanzas no puede derrumbarse al cabo de algunos meses. Verá Vd. cómo en quince días todo marchará bien. Lo más triste para mí es encontrarme aquí, en París, y no en Varsovia.

El primer ministro, gran oficial de la Legión de Honor, había vuelto a su carrera de pianista, rodeado de las más bellas posibilidades que en el pasado. Estoy seguro de que en sus Memorias, que no puede dejar sin escribir, recordará con emoción su primer encuentro con el público parisién, acabada la guerra. Ocurrió en el teatro «Chatelet», por la tarde; la gran sala estaba abarrotada. En el palco central del primer piso, el Sr. Millerand, presidente de la República, había tomado asiento con su familia. Cuando se vió aparecer en el escenario la silueta legendaria, estirando su largo *ridingote* negro, saludando al auditorio con esa dignidad casi real, que es el rasgo característico de Paderewski, cuando el auditorio recordó que unos meses antes el gran patriota forjaba en París en Versalles una Polonia nueva, a lo largo de sesiones difíciles, una emoción profunda sacudía el auditorio en pleno que, entero, el jefe del Es-

tado, el primero, se puso en pie para rendir homenaje al gran artista.

Tocó un concierto de Beethoven y después varios conciertos de Schubert. Las ovaciones fueron interminables.

FASTO Y LABOR

Durante los años que siguieron, Paderewski hizo largos viajes por los Estados Unidos. El más grande se componía de ochenta conciertos. ¿Se podrá imaginar su existencia entonces? Yo mismo me di idea siendo su huésped en su coche-salón. Verdad que era confortable. Tenía una sala de baños, un dormitorio y un saloncito cuyas particularidades consistían en un pequeño piano para estudiar, y un armario lleno de vinos y licores exquisitos, incluso durante la prohibición. Pero así y todo, fuera el que se quiera el confort de que disfrutase, Paderewski reconocía que ochenta conciertos en ochenta ciudades diferentes, con las noches pasadas en vías muertas, de ferrocarril, no dejaba de ser bastante duro. Y sin embargo, éste ha continuado siendo el oficio de Paderewski hasta hace pocos días.

Es verdad que, en cambio, gastaba el dinero con un fasto incomparable. ¡Cuántas veces abandonó los honorarios de un concierto para obras patrióticas o de beneficencia! Recuerdo que una vez en París dió, de golpe, 150.000 francos para laboratorios. En Londres dejó el beneficio de tres conciertos para la British Legion. Se podía acudir a él y pedirle la ayuda para cualquier empresa de caridad; daba con una generosidad de nabab. Sus mejores momentos los ha pasado Paderewski en esa villa de Morges a la que ahora vuelve. Es una propiedad magnífica. Desde la terraza se domina el lago de Ginebra. Por la parte de atrás, el Jura levanta sus montañas monótonas y ondulantes, pero tan bellas. Vientos vivificadores soplan por el Este, mientras que el famoso ventarrón que deja desolada, a veces, a Ginebra apenas si se siente allí. Estufas perfectamente cuidadas guardan las especies más ra-

ras de flores y frutas. Ejemplares únicos de porcelanas se alinean en vitrinas. Los dos grandes pianos de concierto están sobrecargados de fotografías de las personalidades más célebres del mundo entero. En este suntuoso interior el artista gusta recibir a lo gran señor, a sus amigos y relaciones. De la última vez que me invitó a comer conservo el recuerdo del rasgo siguiente que le define y pinta por entero.

LA ULTIMA CREACION DEL MAESTRO: MORGUES

—Sabrá Vd.—me dijo—que no bebo vino por el momento.

Yo le expresé mi sentimiento sincero sabiendo cuánto gustaba a su delicado paladar.

Y cuál no sería mi estupor al ver sobre la mesa cinco grandes botellas de las más venerables y el placer que Paderewski mostraba al ofrecerme sus contenidos, sin tomar, por su parte, una sola gota.

¡Cinco grandes botellas para un convidado sólo! Yo, la verdad, estaba un poco confuso.

Lo que en estos días aqueja a Paderewski es un *sutmenage* (cansancio excesivo por el trabajo) que a su edad necesita cuidar. Sin ninguna duda algunos meses de descanso le permitirán recobrar una vida activa, a pesar de sus setenta y siete años. Tendrá que evitar, naturalmente, las agotadoras *tournees* atravesando América entera, pero podrá tocar, de cuando en cuando, ante públicos simpáticos, siempre que sus desplazamientos sean moderados. El resto del tiempo podrá consagrarlo a escribir sus memorias, su vida prodigiosa; y así no cabe duda de que aún habrá de aguardarle buenos y numerosos años en la atmósfera por él mismo creada en su villa de Morges. Y tal vez un día sus compatriotas le den el placer inmenso de llamarle a Polonia, su patria, que con tanta razón puede reivindicar como una creación suya y en la que desde hace diez y ocho años no ha puesto los pies.

Jun'io 1939.

(Una producción Paris-Soir)

NOTAS SUELTAS

¿ESTA HABITADA LA ESTRATOSFERA?

(De «La Science et la Vie», París)

¿Es habitable la estratosfera para criaturas vivientes? Solamente por microbios en forma de esporos. En ese estado, los gérmenes microbianos pueden vivir en una atmósfera seca y extremadamente fría. Sólo es necesario que posean suficiente reserva nutritiva para resistir. Entonces se mezclan con partículas de polvo volcánico y giran por el espacio. Como esos esporos son insensibles al frío exterior y la sequedad, algunos hombres de ciencia se preguntan si habría una posibilidad de que fueran a parar a otros planetas y despertaran a la vida allí, lo que es la teoría de la «fecundación universal».

Los biólogos no creen en eso, sin embargo, y por lo común dejan el cielo libre para las especulaciones de los metafísicos. Quizás es la verdadera razón de que el hombre haya considerado desde tiempo inmemorial al cielo, como el reinado inaccesible de las divinidades.

NUEVA FIBRA ARTIFICIAL DE ALBUMINA

(De «Marianne», París)

Esta vez el sustitutivo es de origen japonés. La nueva fibra artificial de albúmina se obtiene de la proteína del haba de soya. Con cuarenta toneladas de tortas de habas de soya se puede fabricar por día alrededor de cinco toneladas de una nueva lana sedosa. Los gastos de fabricación son notablemente bajos, unos 40 yens por libra.

Los japoneses elogian mucho las excelentes propiedades térmicas del nuevo producto, que serían superiores a las de las mejores lanas naturales. Además, tiene para ellos la ventaja de poder obtenerlo de materias primas de su país.

SEGURIDAD PARA EL VOLANTE

(De «Popular Science», Chicago)

A fin de eliminar, o al menos reducir el peligro que presenta el estallido repentino de una goma de automóvil, un aparatito de seguridad inventado por Robert

Lee, de Savannah, Georgia, entra instantáneamente en acción cuando se produce la rotura, impidiendo que el volante gire de pronto en cualquier dirección.

EL CRIMEN EN LOS ESTADOS UNIDOS

(De J. Edgar Hoover, jefe de los «G-Men», en «Linetens Digest», Nueva York)

Una empresa de 15.000 millones de dólares es gran cosa de aún en esta época. Es cinco veces el monto de lo que Estados Unidos gasta anualmente en educación. Es un 25 por ciento más de todo el producto de los impuestos. Es casi 120 dólares por cada hombre, mujer o niño de este país. Y ese es el costo anual del crimen en Estados Unidos.

En 1932 hubo un robo cada minuto y tres cuartos, un asalto cada 9 minutos y una estafa cada 40 segundos. Hubo 37 asesinatos por día, un delito grave cada 22 segundos.

La sociedad de este país está amenazada actualmente por más de 4.600.000 delincuentes, una horda mayor que cualquiera de las hordas bárbaras que invadieron Europa y Asia en tiempos pasados.

TENGAMOS VERSOS EN LA MEMORIA

(De «Les Annales», París)

Dive Ivonne Sarcey:

—Uno debería tener siempre en la memoria unos cuantos poemas para contrarrestar la tristeza y el miedo. Necesitamos un poco de lirismo cuando sufrimos... Lo inexpresable, vestido en unas frases rimadas, calma al espíritu turbado.

PENSAMIENTOS

No hay nada que disguste más a una mujer, a veces, que el amor de un hombre; particularmente cuando ese amor es por otra mujer.

o o o

Lo peor de las mujeres no está en que hablen tanto como en que escuchen tan poco.

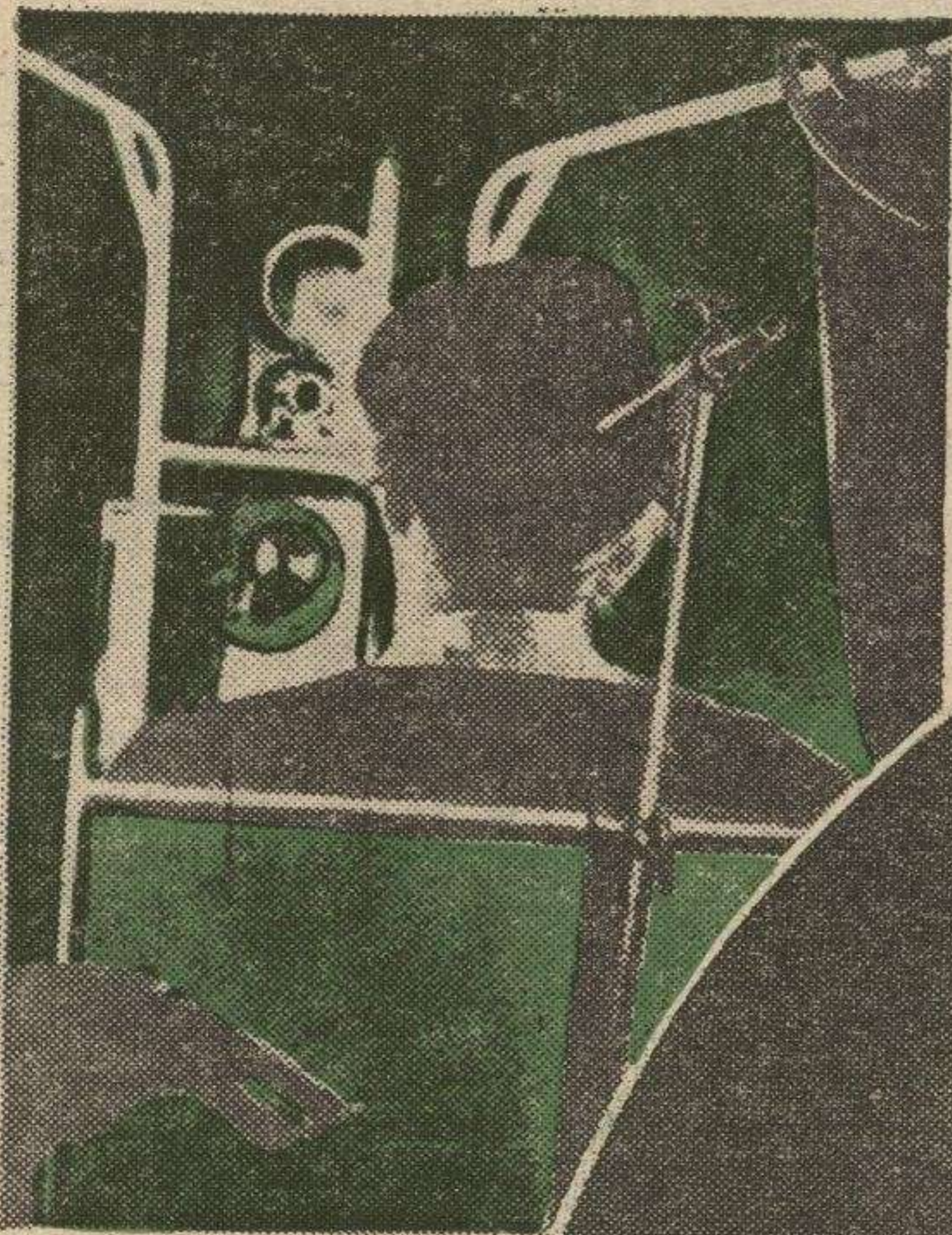
o o o

Lo peor de los tontos no está en que lo sean sino en que tienen siempre buena salud y larga vida.

o o o

Mientras más viejo es el timo más víctimas atrapa.

La cabeza del enfermo esta sujeta, a fin de que los ojos permanezcan frente al objetivo de la cámara. Nótese en primer plano la mano del médico, que sostiene una pistola. El disparo de ésta producirá en la pupila reacciones diversas que captará el pupilógrafo.

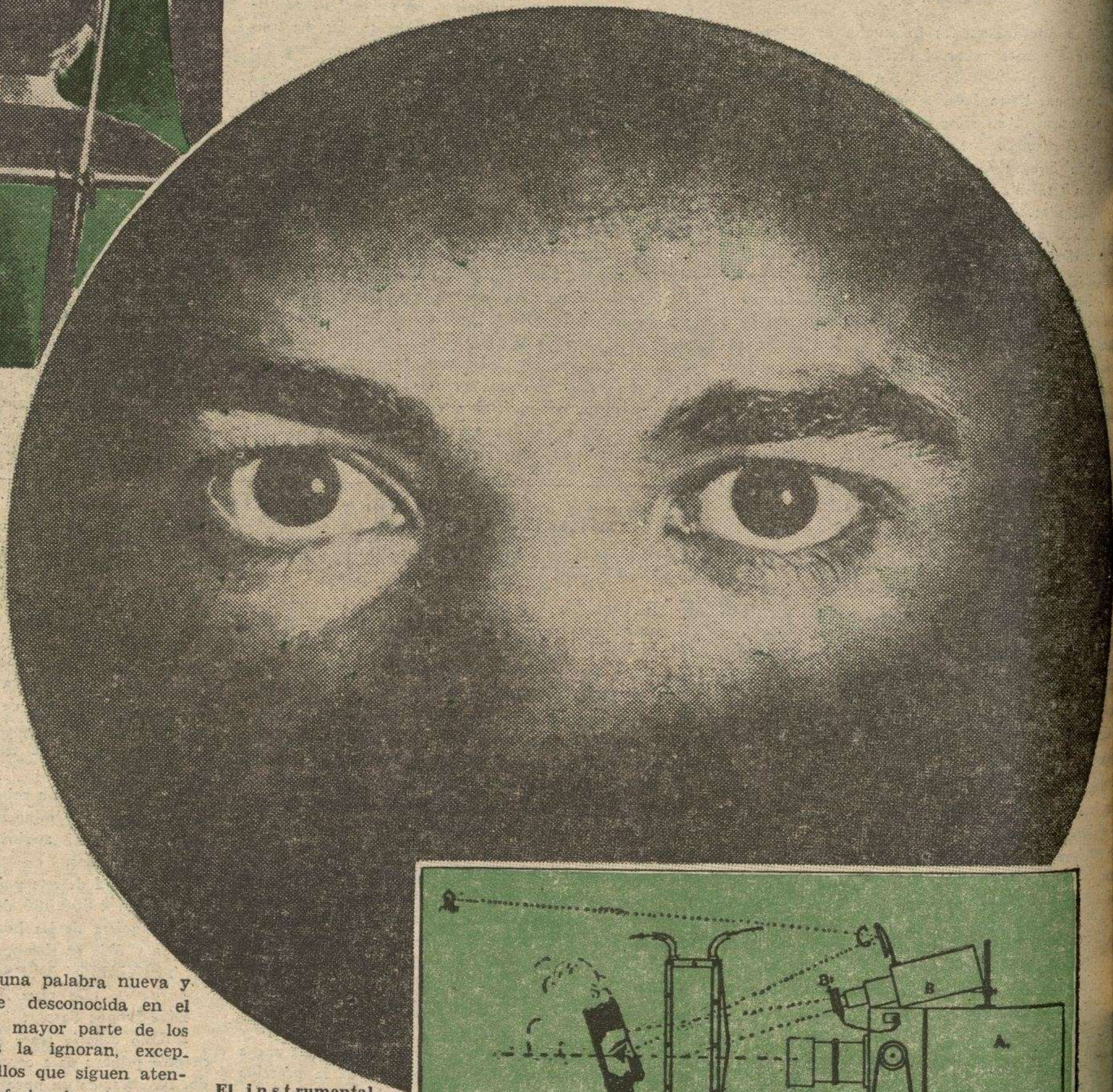


Las reacciones de las pupilas, captadas por el pupilógrafo, permitirán el diagnóstico de numerosas enfermedades nerviosas, venéreas y mentales, de terapéutica hoy bastante incompleta y vaga.

Pupilografía, nueva palabra de la ciencia

Por CHARLES POIRIER

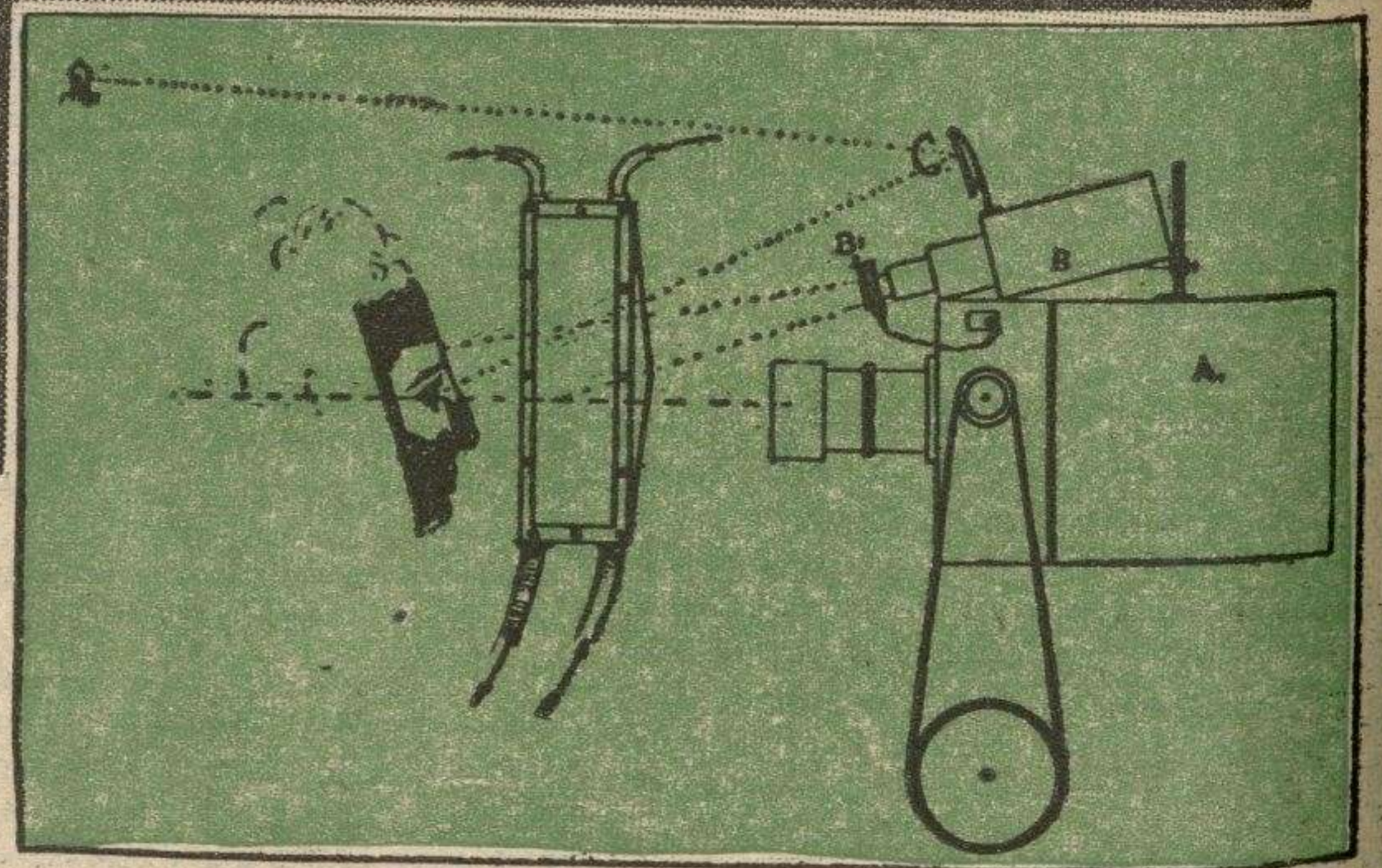
ESPEJO DEL ALMA, LOS OJOS SERAN TAMBIEN AHORA, GRACIAS AL PUPILOGRAFO, ESPEJO DE LA MENTE, LOS NERVIOS Y LA SANGRE.



LA «pupilografía» es una palabra nueva y casi completamente desconocida en el mundo médico. La mayor parte de los facultativos mismos la ignoran, excepción hecha, tal vez, de aquellos que siguen atentamente, en las revistas profesionales, todos los adelantos de su ciencia.

La generalidad de las personas confunde pupilografía—la confusión es pasible, naturalmente, sólo cuando se conoce ese vocablo—y diagnóstico del ojo. No existe en absoluto ninguna relación entre esos dos términos y lo que ellos representan. Lo pupilografía es un descubrimiento reciente que permite revelar las enfermedades nerviosas y mentales gracias a los movimientos de las pupilas. Huelga decir que numerosos neurólogos y psiquiatras se han inclinado ya sobre el «juego de la pupila» y que sacaron valiosas conclusiones. Pero el hecho de que los movi-

El instrumental consta de un aparato cinematográfico (A); un proyector de luz dirigida sobre el ojo del enfermo (B); una fuente de luz infrarroja que permite registrar los estados de la pupila en la oscuridad (C). La fuente de luz (B) está cerrada al comienzo del experimento B1, que el operador abre y vuelve a cerrar.



mientos de la pupila sean excesivamente rápidos y resulte penoso seguirlos fué causa de que las comprobaciones de ese examen dependieran en

parte del juicio personal del observador. De ahí que hace unos quince años resolviera un hombre de ciencias, el profesor Otto Lowenstein, tratar

que total.

Todo el mundo sabe que la abertura de la pupila depende del estado emocional del sujeto. Al observador atento le es dado hacer en todos los momentos comprobaciones semejantes, y estos fenómenos nos son, por lo general, descriptos en términos poéticos, tales como: «Bajo el efecto del terror, su mirada se dilató»; o bien: «Sus ojos brillaban de alegría»; o aún: «Su pena era tan intensa que prestaba a su mirada cierta fijeza»... etcétera. Todos sabemos que el ojo es el «espejo del alma». Todos hemos tenido oportunidad de notar la diferencia que existe entre una mirada expresiva, animada, y otra melancólica, sin vida, que refleje apenas las reacciones a las impresiones externas o las emociones interiores; tal como la mirada de los ancianos o la de los beodos de ojo embotado. Estos ejemplos bastan para dar una idea de la influencia de la vida psíquica sobre las dilataciones pupilares.

Los reflejos acusados por la pupila—ya sean provocados por la luz o por un reactivo de orden psicológico—dependen, como toda excitación, de la inervación de los músculos que agrandan o contraen las pupilas. Cuando esta inervación sufre un trastorno o un golpe cualquiera (las causas pueden ser la vejez, la intoxicación por alcohol, la cocaína, una enfermedad orgánica susceptible de atacar el sistema nervioso), las variaciones de la pupila tienen un aspecto muy diferente del que presenta normalmente. Los tras-

de nuestros nervios, en la misma forma que nos es dado ver nuestros órganos gracias a los rayos X. Hoy se puede ya localizar una afección nerviosa, evaluar su grado, seguir los efectos del tratamiento y de la progresión de la cura, que se juzga completa cuando todo síntoma pupilográfico ha desaparecido.

La pupilografía tiene la inapreciable ventaja, por cuanto se ha comprobado que los métodos usuales son insuficientes, de revelar tal mal (trastornos nerviosos, etc.) en el tratamiento del cual el factor tiempo juega un papel preponderante.

El profesor Lowenstein, que vive actualmente en Suiza, prosigue sus trabajos con la ardiente convicción de que la pupilografía, empleada sistemáticamente, contribuirá en gran parte a la cura de las enfermedades mentales, ya que el tratamiento de los desórdenes nerviosos se apoyará, en adelante, sobre bases sólidas.

Los ojos (que fueran hasta ahora espejo del alma, serán desde ahora espejo también de la mente, los nervios y la sangre. Y acaso no transcurra mucho tiempo—la ciencia avanza algunas veces a pasos de gigante—antes de que los estudiosos puedan captar en una mirada los síntomas de una enfermedad con más rapidez y con más exactitud que un enamorado capta en ello los síntomas de una reciprocidad amorosa o de una no disimulada y mortificante indiferencia.



pupilografía, palabra nueva y casi desconocida, viene a llenar un lamentable vacío en la ciencia de enfermedades que se combaten hoy exclusivamente a base del factor tiempo.

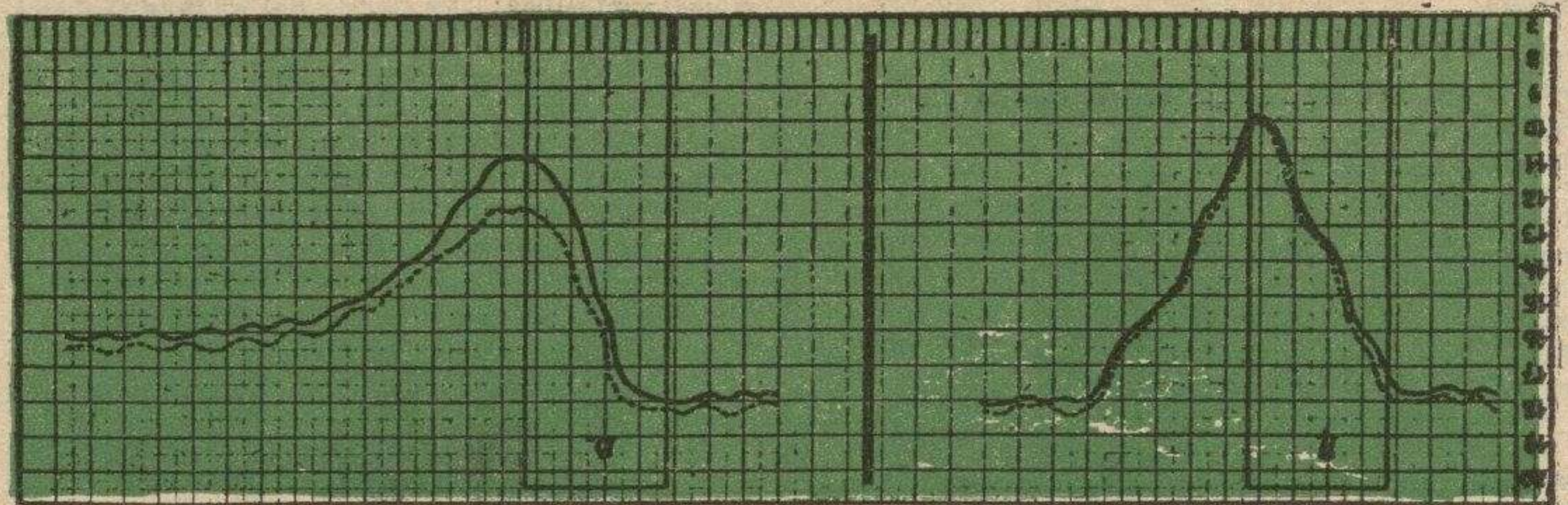
regir ese grave inconveniente.

En esa época vivía en Bonn, ciudad universitaria de Alemania, la cual, al igual que Heidelberg, conservado durante largo tiempo ese carácter histórico de que es tan rica la vida universitaria alemana.

En 1933—época en la cual debió huir de Alemania por razones políticas—, su clínica para niños afectados de enfermedades mentales y nerviosas se había convertido en un centro de trabajos prácticos y científicos del más alto nivel. Allí reunía las condiciones más favorables a las investigaciones, ventaja que él apreció, tanto más cuanto que sus primeros trabajos concernientes a la pupilografía se efectuaron en una celda del antiguo asilo provincial.

El profesor Lowenstein resolvió, a pesar de los muchos obstáculos materiales y técnicos, hallar el medio de fotografiar los movimientos y reacciones de la pupila y, partiendo de ahí, llegar a conclusiones indiscutibles y objetivas.

La dificultad era grande: tratábase, en efecto, de obtener una luz suficiente para la fotografía ocasionar la contracción de la pupila. Este problema se pudo resolver finalmente con el empleo de una iluminación especial, obtenida luego de numerosos experimentos, la cual permitió fotografiar el ojo en una obscuridad poco menos



En estos dos gráficos puede apreciarse el proceso de los síntomas pupilográficos. En el gráfico A la función nerviosa está intacta. La reacción de los ojos a la luz es buena, rápida y de extensión normal. En el B la función nerviosa está trastornada. La reacción a la luz carece de prontitud; la reextensión es lenta e incompleta, y las curvas de los ojos, como se nota a simple vista, difieren entre sí.

tornos nerviosos, sean cuales sean, se denuncian por los reflejos de la pupila, extrasensible, y esto desde su nacimiento.

Ahora nos es posible observar, conocer la vida

que a eso tiende la pupilografía, nueva palabra de la ciencia que abre a los investigadores —y nunca mejor empleada la imagen— horizontes insospechados.

MUY BREVES

Como todas.

En casa de la adivinadora.
—Supongo que usted querrá saber del futuro de su novio, señorita.
—No. Yo sé bien lo que será su porvenir. Lo que me interesa es su pasado. (Judge).

Conyugal

—Me dicen que tienen ustedes dos loros ahora.
—Sí, yo tengo uno y mi mujer otro.
—¿Y hablan entre ellos?
—Sí; el de mi mujer repite: «¿Dónde estuviste anoche, bribón y mal marido?» Y el mío dice: «Otra vez está crudo este maldito biftec». (Illustrierte Zeitung).

Conyugal.

—Hay ocasiones en que un marido tiene que mentir a su mujer.
—Pues no creo que eso sea tan difícil.
—¿Qué cosa le parece a usted peor?
—Lo peor es que hay veces que tiene que decirle la verdad. (Schweitzer Illustrierte Zeitung).

La víctima.

—Señorita, dice un señor gordo, creo que yo tengo el placer del próximo baile.
—Sin duda, señor, el placer es todo suyo. (Medley).

Biológica

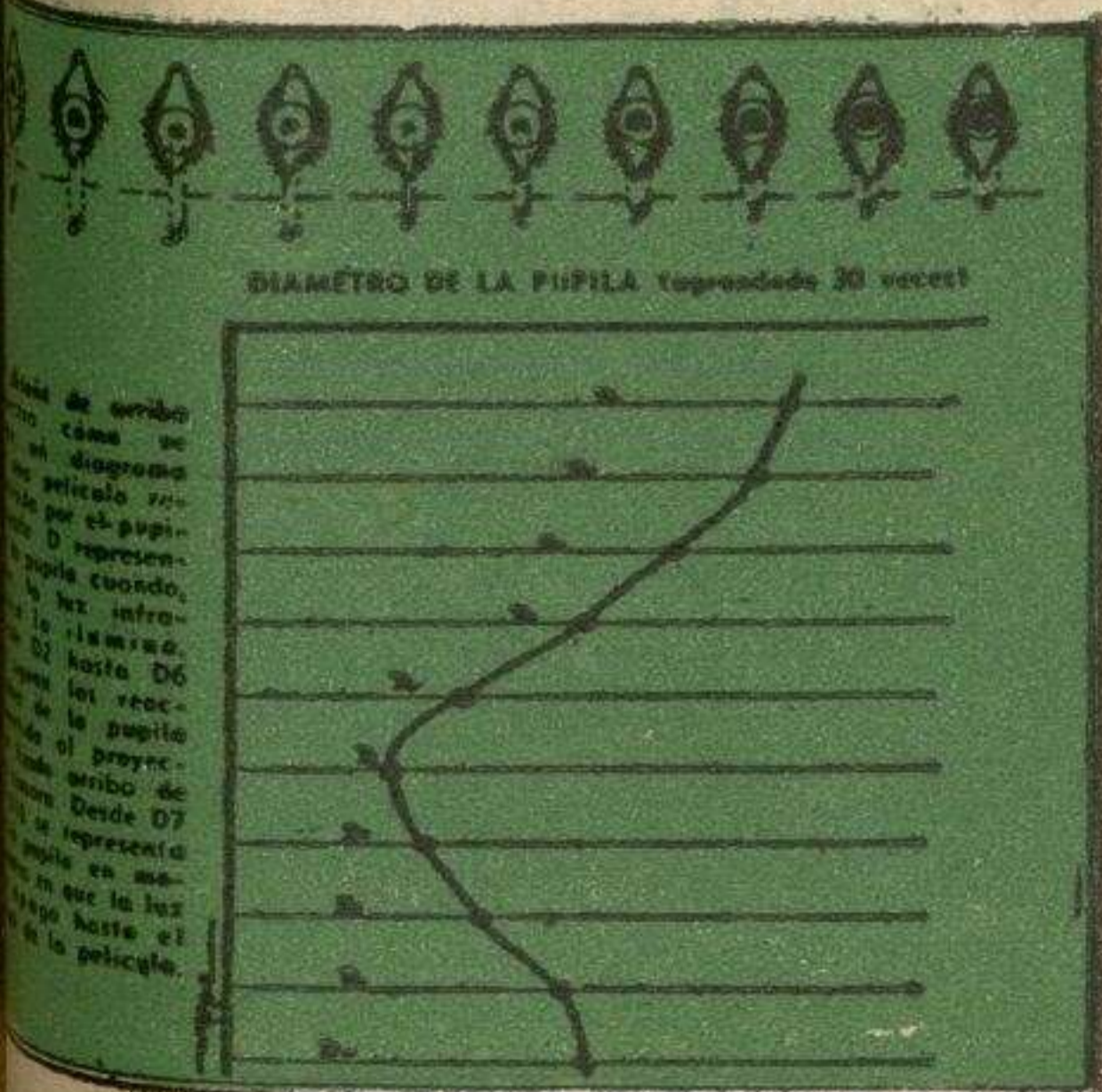
.. El niño comienza la vida como un simple canal alimenticio, con mucho ruido en un extremo y ninguna responsabilidad en el otro (Crowell).

Como ahora.

Mary Garden usaba unos escotes atrevidos, sin lazos en los hombros, hace muchos años, cuando no se habían inventado estas estructuras arquitectónicas de nuestros días.

Una noche la célebre cantante comía con Chaucer Depew, que no podía quitar sus ojos del magnífico escote, y tenía molesta a la diva. Finalmente le preguntó:

—Mary, estoy pensando, qué es lo que sostiene su blusa sin que se caiga.
—Es su edad, Mr. Depew respondió la cantante. (Cosmopolitan).



10.

Tacón.—Baile de Carnaval.
Payret.—«Los Sobrinos del Capitán Grant».

11.

Tacón.—Baile de Carnaval.
Albisu.—«Bohemia», haciendo el papel de Mimi,
Adriana Lery.

1905.

Enero 13.

Albisu.—A las 9 Estreno de la humorada satírica de los hermanos Quintero, música de Chapí, «Abanicos y panderetas», por Carlota Millanés, Blanca Matras y los señores Piquer, Villarreal y Valentín González.

15.

Payret.—Función a beneficio del General Quintín Banderas. Por la compañía de Antonio Medina, poniéndose el drama «Jacobo Girondi», y la comedia «Zampacoste», por Caridad Chacón y Salomé Carrillo.

Nacional.—Reaparición de la compañía italiana Vitaliani-Duse, con el drama inglés en cuatro actos «La Seconda Moglie».

25.

Nacional.—Fue suspendida la función por enfermedad de la señora Vitaliani.

Febrero 16.

Nacional.—Reaparición de Italia Vitaliani, después de su enfermedad, con la comedia «Como las hojas».

19.

Nacional.—El drama histórico «María Antonieta», en que la Vitaliani hacía una verdadera creación.

23

Nacional.—Función a beneficio y despedida de Italia Vitaliani con el drama de Suderman «Marda».

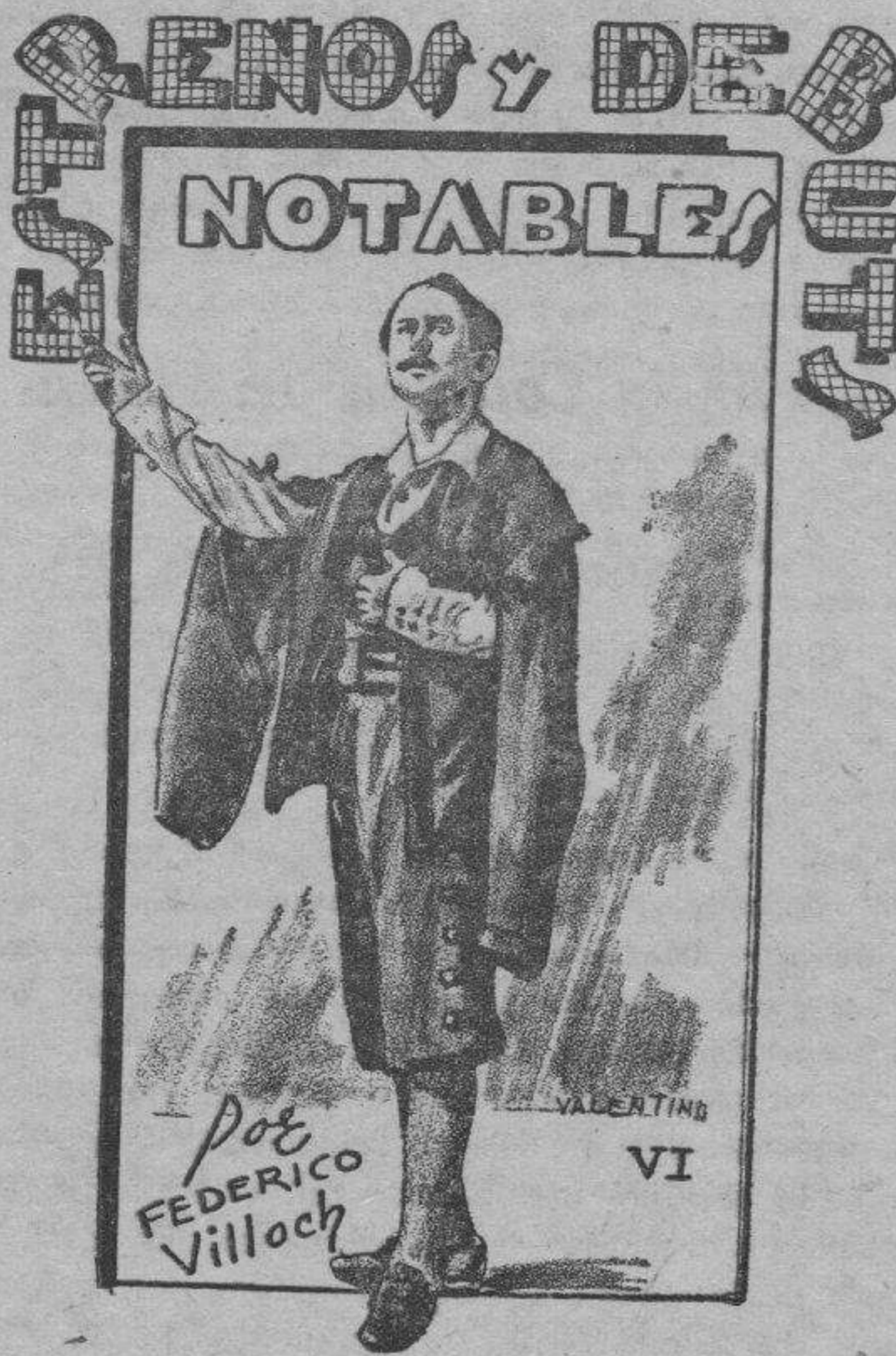
Marzo 4.

Albisu.—A las 8.30 «El balcón corrido», y encierro del ayunador Succí.

Un numeroso público acudió al acto del encierro del ayunador italiano Succí, en la jaula de tela metálica construida al efecto, e instalada en el vestíbulo del teatro Albisu, para que permaneciese en ella, a la vista del público, así de día como de noche, y durante el mes de su espectacular ayuno. Se establecieron acuciosas guardias para convencerse de la verdad del espectáculo; y, efectivamente, el hombre no probaba bocado, y sólo bebía con abundancia la entonces famosa agua de mesa «Apollinaris» que tanto anunciaban los periódicos. Decíase que Succí era un anuncio de ella. En vistosos folletos que encomiaban sus virtudes medicinales, aparecían, como grandes consumidores de ella, los retratos de Pastora Imperio, la Otero, la Rejane, la Isaura, la Ibert Gilbert, la Polier y las más nombradas artistas de la época. Succí resistía imperturbable las puyas y cuchufletas de los espectadores de buen humor que iban a verlo en su encierro; sin contestar jamás una palabra. A veces lo picaban a propósito, para que saltase; pero el italiano, ¡niente! Los jóvenes estudiantes que venían por O-Reilly y Obispo de la antigua Universidad, el Instituto y el colegio «La Gran Antilla», entraban por la tarde en el vestíbulo de Albisu para ver al ayunador en su jaula, y chotearlo con sus dicharachos y jaranas; se ponían a nombrar platos suculentos para exaltarlos, y él lo que hacía era cerrar los ojos y suspirar, no se sabía si en broma o en serio. Ironías de la vida: no comer, para comer. Todos los días los doctores Sansores y Romero Leal, médicos de la compañía de Albisu, daban cuenta de su estado de salud: su temperatura, sus pulsaciones, etc., no acusándose nunca la más pequeña anomalía.

Por esta época, poco más o menos, también se exhibía en Madrid otro famoso ayunador nombrado Papús, cuyo tipo se reprodujo en varias revistas de actualidad que se estrenaron por entonces en los teatros de aquella villa. De los ayunadores de aquel tiempo, el más célebre fue mister Peine, que estuvo sin comer cuarenta días. Si las cosas siguen por donde van, los ayunadores Succí, Papús y Peina tendrán infinitos imitadores dentro de poco, y algunos quizás sí hasta los superen. Al salir Succí de su jaula dió un espectacular paseo por la Habana y sostuvo un ruidoso asalto a florete con un famoso esgrimista, su paisano, que se hallaba de paso en esta capital: creemos recordar que era el Conde Pini.

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS



Abril 2.

Albisu.—Matinée: «La salida del ayunador Succí de su encierro y «Ki Ki Ri Ki».

Esta opereta «Ki Ki Ri Ki» fue una de las obras que más entrada le dió a la empresa de Albisu: su libro era muy cómico, y su música resultaba tan pegajosa, que todo el mundo salía del teatro cantando o silbando algunos de sus números, sobre todo aquel famoso couplet que alternativamente cantaban los aplaudidos actores de la compañía: Piquer, Escribá, Garrido, Villarreal, etc.

El japonés es el mortal,
el más feliz y el más jovial;
si le va bien o le va mal,
el japonés siempre está igual.

El «Ki Ki Ri Ki» se estrenó en Albisu sobre el año 1897, y después se repriso con igual éxito en 1903, 4, 5, etc. Era una opereta catalana estrenada en Barcelona por los años 1894 o 95, que trajo a la Habana un actor de zarzuela, cediéndosela por una buena suma a la empresa de Albisu.

Y hasta la próxima semana, caros lectores; por ésta, se le acabó el «engrudo» al cartelero.

El año 1900 abrió sus puertas con un programa teatral de los más interesante y divertido. Aún el teatro reinaba en el público como su más victorioso tirano. El estreno de una obra, o el debut de un artista eran cosas que se anunciaban con estrépito, y que con el más férvido entusiasmo esperaba el público.

La novedad más destacada de aquellos días puede decirse que fue la apertura del teatrillo «Actualidades», que tuvo lugar a fines del año 1907. El teatrillo «Actualidades», fundado por el incansable empresario Eusebio Azcue, y situado en la calle de Monserrate, contribuyó en gran escala a la animación de nuestra vida teatral habanera, compartiendo durante muchos años con «Albisu» y «Alhambra» el favor del público. Tenía instalado a la entrada un enorme banderón que alborotaba los alrededores, desde las ocho hasta las doce de la noche. Tuvo, como toda empresa, todo negocio, toda persona, su «siglo» de oro de esplendor. Allí debutaron artistas de indiscutible valer en su género, como Pilar Monterde y la Bella Morita, que lo hicieron el día 2 de Enero de 1908; la Murga Gaditana de los Pi-

ripitipes, que se hizo tan popular, y que le dio a Azcue tan llenas entradas. Las bellas bailarinas coupletistas Aurelia la Sevillanita y Lola la rrana la tiple Conchita Soler y la pareja de Luisa Márquez y Miguel Morales; el trío Soler, el célebre transformista Toreski, Teresita Urrutia el excéntrico Tip-Top, los Modernistas, los italianos Reseda-Perrtti, los Mari-Brunis, el incommensurable Petrolini, que luego echó el cie en Alhambra por mucho tiempo, y el inolvidable ventrílocuo Juliano, aquel de la muleta ¡Vaya, vaya, vaya vaya!, que decía uno de los graciosísimos muñecos, y que se hizo tan popular, aplicándose como comentario a cuantos sucesos políticos o sociales ocurrían en la Habana y a cuantas circunstancias, en fin, para ello prestaran. Juliano debutó en «Actualidades» extraordinario éxito, la noche del 7 de abril 1908.

También se recuerdan las bellas bailarinas Pastora Imperio y Diamante. Noche de gloria para «Actualidades» la del 22 de Mayo del propio año, con el debut de la inolvidable Pastora Imperio. La noche del 6 de Junio tuvo lugar un acontecimiento: beneficio de la Bella Marita: entrada enorme, crecido precio y magníficos regalos que llegaron hasta el techo del teatro. La Bella Carmela y su compañero Jiménez, después de «Actualidades» recorrieron en triunfo todos los teatros de la Habana. La «Fornarina» fue otro orgullo de «Actualidades». Ultimamente trabajaron allí compañías del género chico español con distintos presupuestos, dirigida una de ellas por el gracioso actor cómico Palomera. Con el señor Orozco empresario, trabajó algunos meses un cuadro de variedades, en el que figuraba el popular actor cómico Teófilo Hernández, autor además, que escribía una obrita todas las mañanas para ser estrenada por la noche, a fin de no perder la actualidad en que se basaba el argumento... Pero no era «Actualidades» aquel rinconcito amable que encantaba a la Sevillanita, la Argentinita, la Bella Morita, Pastora Imperio... Juliano, Petrolini, y se fue extinguiendo hasta ingresar, a la postre, como sus demás colegas, en la «Santa Orde del Cine».

Enero 1.

Nacional.—Matinée: «Un Ballo in Maschera» por la Ciudad, Zerola y Ardito. Por la noche: «Rigoletto».

Payret.—Compañía de Tina di Lorenzo. Matinée: «La novela de un joven pobre». Por la noche: el drama «Magda».

Albisu.—Tarde y noche: «Gatica blanca», «Gatica blanca» y «Gatica blanca».

Esta «Gatica blanca», libro de Capella y Jackson Veyan, música de Torregrosa—¿o de Lleó?—fue al cartel de Albisu infinitas noches; y casi siempre con teatro lleno, o por lo menos, animado. Muchas tiples y tenores cómicos se hicieron aplaudir con la «Gatica»; pero de todos, los que más firmes recuerdos dejaron en el público fueron las simpáticas María Conesa y el aplaudido Pepe del Campo. Mucho dinero ganó la empresa de Albisu con la «Gatica», hasta que ésta cogió el tejado, y hasta ahora. Más adelante también se hizo aplaudir en esta obra la bella tiple cómica Julia Fontes, quien debutó con ella en Albisu la noche del 14 de Agosto de 1908.

Enero 3.

Albisu.—A las 9: «La Trapera», y a las 10: «La...

LA HABANA

Por la Condesa de Merlin

(CONTINUACION)

Traducción y Notas de
B. SOUZA

ANDO a los músicos todo lo que encontré en mi bolsa para hacerlos callar, me puse en salvo, como si me persiguieran asesinos, y no me hubiera detenido si no encuentro a mi paso la balastrada de un

sol se encontraba aún sobre el horizonte. Ligera como un velo de gasa purpúrea se extiende a lo largo del mar, que huye tras de los montes. A mi izquierda, el puerto de Bristol, formado por un brazo de mar cerrada entre dos rocas. La una, la de la derecha, domina la Ciudad, cuyas casas pintorescamente empuestas aquí y allá anuncian, por su frescura y elegancia, la riqueza y el exquisito aseo de los ingleses.

MARTES, A LAS 12 DE LA NOCHE

cabó de pasar, a la vez, el más triste y agradable de los días. Como no debemos partir sino mañana a las cuatro de la tarde, he querido dar hoy mis adioses a esta tierra.

Salimos en carruaje descubierto a las tres y nos encaminamos hacia una meseta que domina a la ciudad, hacia el mar, a las alturas y al océano. Desde aquí se percibe una espléndida vegetación que se extiende a lo largo de la opulenta, bajo un cielo azul pálido, brumoso. No sé qué tristeza, qué tierno y religioso sentimiento se apoderan de mí, qué pesar, punzante, asustadizo, hiera mi corazón: se diría que a la víspera de una inadecuada unión, gustaba por última vez de estar bajo el techo paternal.

Al cabo de algún tiempo en un parque perteneciente a Lord St... nos encontramos en medio de árboles altos, de aterciopelados, de muelles prados, rebaños de «cottages» ocultos entre flores. Pero son estas flores, flores sin perfume, árboles sin frutos y cielo azul. Ligero vapor oculta la atmósfera y presta a todo un paisaje panorámico algo de vago en sus contornos, terminado en sus tintes, de majestuoso y triste que acomoda a mi melancolía. Parece que la naturaleza ha tornado análoga a la mía, se asocia a mis participaciones de mis dolorosas emociones y me respalda como fiel amiga. Y transportada, enternecida, mis adioses a la tierra de Europa, y el canto de los pájaros, el zumbido de los insectos, las suaves y delicadas emanaciones de la tierra, a la vez me embargaban de tormentos y delicias.

Llegados al extremo del parque, nos encontramos ante una pequeña iglesia gótica, de elegancia esmerada, maravillosa, destinada a sepulcro de la familia Lord... Muchos miembros de esta familia están enterrados en ella, y a cada uno lo representa una estatua de mármol de pie sobre su tumba, como si la presencia quisiera hacerle frente a la muerte. Delante de la última estatua me detuve; representaba un joven cuya belleza me admiró.

—Es el hijo único de Milord, nos dijo el guardián.

Y Milady, ved aquí su tumba, lo ha seguido de cerca, y Milord se ve aquejado por una enfermedad de consunción. Cuando muera, sus cuantiosos bienes pasarán a la propiedad de lejanos parientes.

Me estremecía oyendo este relato, y mirando a tu hermano, que me daba el brazo, lo apreté contra el pecho, y pensando que iba a partir para lejano viaje, no sé qué malestar se apoderó de mí. Salí de la Iglesia.

A pocos pasos se encuentra una escuela de jóvenes, edificio del mismo estilo, flanqueado por dos torres, la una habitada por la institutriz, la otra por el pastor.

No sé, pero a juzgar por las cosas desde el punto de vista puramente humano, confieso que el aspecto de un presbítero protestante me inspira dulce simpatía. En él veo las afecciones domésticas unidas a la religión y al amor de Dios; los dulces desabogos, la íntima confianza, las sencillas caricias del niño, los inefables consuelos de una vida entre dos, eficaces contra todo mal. Porque, en fin, en ellos encuentro los más seguros así como los más grandes consuelos a la miseria humana. La celda del anacoreta, el abrigo del celibatarío católico, me espantan por su austeridad...

Los edificios que te acabo de describir son de un severo gusto, sombreados en parte por inmensa arboleda y recubiertos de yedra. Pronto ligero ruido se oyó por entre los árboles y a continuación las jóvenes educandas que avanzaban de dos en dos, encaminadas a rezar sus plegarias de la tarde. Al verlas subir las gradas del templo con su túnica de lana gris, simple, dispuesta con gusto, juntas sus manecitas, cayendo sobre sus sienes y sus espaldas los grandes bucles de su hermosa cabellera, su rosada cara y sus azules ojos, cuya celeste mirada brotaba, furtiva, de sus largas pes-

tañas; al verlas así, tan puras, tan jóvenes, tan bellas, se hubiera dicho que eran bandadas de ángeles volando al cielo.

No tardó en interrumpirse su silencio por los cánticos religiosos de aquellas jóvenes. Los sencillos acentos, la lengua extranjera, la soledad, las sombras de la noche que se proyectaban desde el fondo del bosque, todo esto era grandioso y triste a la vez, como las proximidades de un voto solemne, como el anuncio de un peligro, como la víspera de un viaje, aventurado y lejano.

MIÉRCOLES, AL MEDIODÍA

Se halla todo este hotel en movimiento. El barco de vapor va a partir conduciendo parte de los pasajeros a bordo del «Great Western», que ya se encuentra en la rada. El resto saldrá a su vez una hora antes de levantar anclas, y yo me he reservado para el segundo viaje, mientras, voy a la mesa, pues se pretende que es preciso, antes de embarcarme; estoy a la merced de quien quiera aconsejarme, tan preocupado está mi espíritu, tan abatido mi corazón... Arreglo algunos asuntos con tu hermano y nos ponemos a la mesa...

A LAS CINCO

Voy a embarcarme. Tu hermano me acompaña hasta el «Great Western» que se encuentra a tres millas del puerto. El día es hermoso, la mar serena. Abandono la tierra. ¡Adiós, hija mía! ¡Adiós, Francia! ¡Francia amada de mi corazón! Un imperioso deber me lleva fuera de tus costas.

Alejándome triste, desolada, de tu tierra hospitalaria te confío mis más tiernos afectos. ¡Guárdalos, protégelos como una madre! Y si mi recuerdo, si lo incierto de mi destino puedan turbar la dicha de los que aman, ¡haz que ellos me olviden!

A LAS SIETE DE LA NOCHE

Nos encontramos en pleno mar; tu hermano me ha dejado. Lo he seguido con largas miradas, pronto a escaparse el corazón hasta que la distancia y las lágrimas que obscurecían mi vista me lo ocultaron a lo lejos.

Pronto me he encontrado sola y en medio de un espantoso desorden. Ochenta o cien pasajeros sobre el puente, en gran confusión, con sus baules, maletas, cajas de sombreros, paraguas, hormas de zapatos, abrigos, sacos de noche, cajas de cartón. Todo esto rodando de un lado para otro en medio de las jarcias, de poleas que rechinan, de marineros que maniobran corriendo, gritando y empujando equipajes y pasajeros. En medio de esta bataola infernal, pálida, temblorosa, me encontraba sin saber hacia qué parte encontrar una mirada de conmiseración, rodeada de caras groseras, feroces; desconocidas todas y llevando todas el sello de la indiferencia. Me acurrugué en un rincón y de codos sobre una caja, apoyada la cabeza sobre mis manos creía desvanecerme.

(CONTINUARA)

«Cantosa», ambas por la tiple Matilde Mauri, que cantó esa noche.

11.

Albisu.—A las 9: Estreno de la zarzuela de los Hermanos Quintero, música de Chapí, «La Chica», por la Rodríguez, la Torrijos, la Torrijos y los señores Pepe del Campo, Arozamena, Escrivá, Palomera y Piquer.

12.

Albisu.—«La Marsellesa», por la Baillo y Jaime Matheu.

En todas las épocas ha habido un tenor—internacional, unos, y locales, otros—al que se le denominaba el «de la voz de oro»: Gayarre, Rosini, Tamberlick, Tamagno, Aramburu, Caruana, etc. Por los años 1896 hasta 1930, 31, tenía en la Habana a Jaime Matheu, un bohemio que derrochaba su «voz de oro» y su vida sin ahorrar, hasta que, como era consiguiente, se quedó al cabo sin la una y sin la otra. Matheu cantaba por su sueldo, en los teatros, en los conciertos, en las iglesias; y de balde, y por el gusto

de cantar en el café, en la calle, en las parrandas: cantaba siempre y a todas horas y en todas partes, como el canario que abre el pico y se recrea en sus deleitosos gorjeos. Los Matheus eran dos jóvenes hermanos, isleños de nacimiento, que se hicieron aquí en la Habana: uno de ellos, Jaime, se dedicó al arte, y el otro, se recibió de abogado en nuestra Universidad, ejerciendo actualmente su profesión con éxito notable. No siendo alguna que otra efímera excursión por las Antillas y Centro y Sur América, Jaime Matheu residió desde su primera juventud en esta Habana que lo aplaudía y lo amaba, hasta su muerte, ocurrida en circunstancias harto precarias, allá por el 1930 o 31. Eran proverbiales las rarezas y las «bohemiadas» de Matheu. Las empresas no podían contar con él como cosa segura, bien que él tampoco se avenía a firmar contratos que le comprometiesen y amarrasen. Hoy sería la verdadera e indiscutible «voz de oro» de la radio habanera; y no pocas veces tendrían que anunciar los locutores de ella la ausencia—justificada con un motivo cualquie-

ra—del incorregible Jaime Matheu. Su fuerte era la antigua zarzuela española «Marina», «La Tempestad», «Catalina», «Jugar con fuego», etc. Tenía un timbre de voz agradable y dulce y una emisión fácil. Se distinguía en el falsete, por lo que a veces se confundía con un buen tenorino francés de opereta. Se lucía mucho en «Rigoleto» y «El Trovador» y se hacía aplaudir con entusiasmo en las sentimentales y frívolas canzonetas napolitanas y Tosti y otros. Ultimamente se había concretado a cantar en las iglesias, y aunque ya viejo y cansado y venecido por la vida y la enfermedad que al cabo le causó la muerte, el público que asistía a aquellas funciones religiosas levantaba la cabeza hacia el coro, atraído por aquella voz que con tan suaves y dulces tonos cantaba el «Ave María» de Gounod, el «Stabat Mater» de Rosini, la misa genial del maestro Esplá... Apenas habrá cinco o seis años que Matheu rindió sus días, acogido al amor de una de nuestras Asociaciones Benéficas.

(CONTINUARA)

HOLLYWOOD, julio de 1939.—Una revista norteamericana publicó recientemente las impresiones de un cronista anónimo que había entrevistado a diversos «astros» del cine. He aquí las nuestras: la primera, recibida al conocer a los «astros» y «estrellas» y la última. No siempre la primera y la última son idénticas.

Cuando fui presentada a Dorothy Lamour, en el taller en que trabajaba, creí que era una mujer de mal genio y peores modales. A decir verdad, los modales de esta artista podrían mejorar. Raras veces comienza la conversación con algo más interesante que «¿qué tal?», dicho en tono de cansancio, o una sonrisa más anémica todavía. Empero, hemos descubierto que detrás de este exterior poco atractivo se esconde un corazón de oro.

Si bien es cierto que la conversación de Dorothy Lamour no es exactamente lo que haría las delicias de un filósofo, la artista tiene, en cambio, muy buenos sentimientos, no es rencorosa, está agradecida de los directores de la empresa Paramount que la han hecho «estrella» y hace todo lo que se la pide en bien de la publicidad de sus películas. Dorothy Lamour es una excelente persona.

Mi primera impresión de Douglas Fairbanks (hijo) fué desagradable: me pareció pretencioso (eso fué también lo que él pensó de mí) y superficial. Al decir «superficial» quiero decir que emplea un palabre-



No todos los artistas del Cinema son simpáticos al visitante
Sheila Graham

IMPRESIONES DE HOLLYWOOD: He aquí un grupo de artistas de la pantalla, a quien una cronista califica del siguiente modo: «Claudette Colbert, inteligente; Dorothy Lamour, simpática; Margaret Lindsay, idem; Kay Francis, mujer de mal genio».

río sonoro que carece de significado concreto. Sin embargo, posteriormente ambos hemos cambiado de parecer. Fairbanks es en realidad modesto, tanto como actor como personalmente.

DEFENSOR DE LA DIETRICH

Es, además, buen amigo. Fué él quien salió en defensa de Marlene Dietrich cuando los cronistas dijeron que ésta ya no tenía nada que hacer en Hollywood. Todavía da buenos consejos a su primera esposa, Joan Crawford. Y aunque se oponía al casamiento de su padre con la ex-lady Ashley, una vez que se llevó a cabo la boda puso término a su oposición y trató a su nueva madrastra con toda cortesía.

Cuando me presentaron a Errol Flynn acababa de interpretar el papel de «capitán Blood» en la película del mismo nombre y trataba por todos los medios de hacerse simpático. Creo que me pareció más agradable en esos días de sus comienzos, más humildes que los actuales. En la actualidad tiene tendencia a ser imperioso y mandón cuando trabaja ante el lente, y sus modales pecan por falta de urbanidad (aunque esto no ha ocurrido nunca en sus entrevistas con esta cronista).

Al principio Bárbara Stanwick me pareció pretenciosa, de mal genio y nada brillante. Un viaje que hicimos juntas más tarde me hizo cambiar de opinión. Lo que sucede es que es sumamente tímida. Sufre una verdadera agonía cuando tiene que hablar con gente extraña. Pero una vez que se «rompe el hielo» (cosa que requiere cierto tiempo) Bárbara resulta ser una joven amable, inteligente y sencilla.

Mi única impresión de Constance Bennett (no he vuelto en busca de segundas impresiones) podría resumirse diciendo que me parece la mujer más grosera que he conocido. Creyendo que su actitud podría deberse a algo que hubiera yo escrito en mis crónicas, le pregunté qué podría ser ello, y me aplastó diciendo: «jamás leo sus crónicas de usted!» De modo que, por

propia confesión, ningún motivo tenía para adoptar esa actitud. Otros colegas manifiestan haber escuchado palabras idénticas. Tengo mis sospechas de que miss Bennett no va a ganar nunca ningún premio de popularidad, por lo menos en Hollywood.

GINGER ROGERS

Mi primera y mi última impresión de Ginger Rogers son muy diferentes. Cuando la conocí en el estudio me pareció «pesada». Su conversación se reducía a monosílabos, dichos a destiempo. No parecía importarle un bledo lo que pensarán de ella los cronistas.

En la actualidad ha cambiado fundamentalmente, después del triunfo obtenido en sus dos últimas cintas. Con anterioridad a ellas su fama había dependido del hecho de que trabajaba en compañía de Fred Astaire, y no podía evitar cierta timidez, como si pidiera excusas por intervenir en la misma obra. El éxito individual le ha levantado el espíritu, y sería difícil

ahora encontrar una actriz más amable y de conversación más agradable.

Gary Cooper ha dado la impresión a muchos cronistas de que es sordo y mudo. Mi primera impresión fué de que en efecto era mudo. Me dió la mano, sonrió débilmente, y no dijo una palabra. Todavía hace lo mismo, de vez en cuando; especialmente cuando no se siente bien. Pero cuando coopera habla, habla... No queda duda.

Primeras impresiones que no han cambiado:

Bette Davis: amabilísima, inteligente. Robert Taylor: muy sencillo y siempre natural. Myrna Loy: simpática, poco dada a la conversación. Rosalind Russell: enérgica en su saludo y en sus opiniones, Spencer Tracy: inmejorable. Clark Gable: agradable. Claudette Colbert: inteligente. George Brent: tímido. Kay Francis: mujer de mal genio. Franchot Tone: hombre de mal genio. Tyrone Power: muy agradable. Greta Garbo: mucho ruido y ninguna nuez.

PENSAMIENTOS
Por DIÓGENES

Si quieres conocer los defectos de una mujer no tienes más que elogiarla en presencia de otra mujer.

Lo difícil no es estar del lado de tu amigo cuando tiene la razón sino cuando está equivocado.

El único amor que no disminuye es el amor por uno mismo.

No sería mala idea que algunos jóvenes que egresan de la universidad volvieran a la escuela.

La mayoría de los hombres que dicen la verdad lo hacen por conveniencia, no porque sean verídicos.

La única manera de decir la última palabra discutiendo con una mujer es declararse vencido.

Tal vez el peor error que un hombre puede cometer es corregir los errores de sus amigos.

Los hombres adoran a veces a las mujeres porque no las pueden entender.

La venganza es el más costoso lujo que puede darse el hombre.

No muerdas hasta que no estés bien seguro de que lo que tienes en mano es pan y no piedra.

No hay nada que conserve más amistades que la distancia.

JOVEN CONDE RUSO,

«Cronista Social en Washington, «emplumado» por un grupo de Jóvenes Aristócratas

El conde Igor Cassini es un noble ruso —o de ascendencia rusa— que se gana la vida en Washington escribiendo una crónica de sociedad titulada «Petit Points», que se publica en el «Times Herald» de la capital de los Estados Unidos. Hijo de un embajador del Czar de todas las Rusias en América, en los días ya lejanos en que presidieron McKinley y después Teodoro Roosevelt, se cuna en la poltrona de la Casa Blanca que hoy pertenece al pariente del último Franklin Delano

Roosevelt. El conde Cassini, que cuenta solamente 23 años con su madre en el Hotel Raleigh de la ciudad de Potomac, se encontraba en las primeras horas de la madrugada del domingo 25 de junio cuando alegremente en el elegante Country Club de Warrenton, Virginia, y no habrá que hacer un gran esfuerzo de imaginación para suponerlo en el centro de la vida. Había acudido a la fiesta municipal que daba la aristocracia de la localidad, —una fiesta que cuenta entre sus entretenimientos las carreras de caballos y la caza del zorro saltando, como dicen en inglés, a una diestra joven, Austine McDonell, que además de tener sangre más o menos azul en las venas, tiene una cara, unos ojos, unos labios que no brillan a su alrededor la pretendida frialdad de los aristócratas.

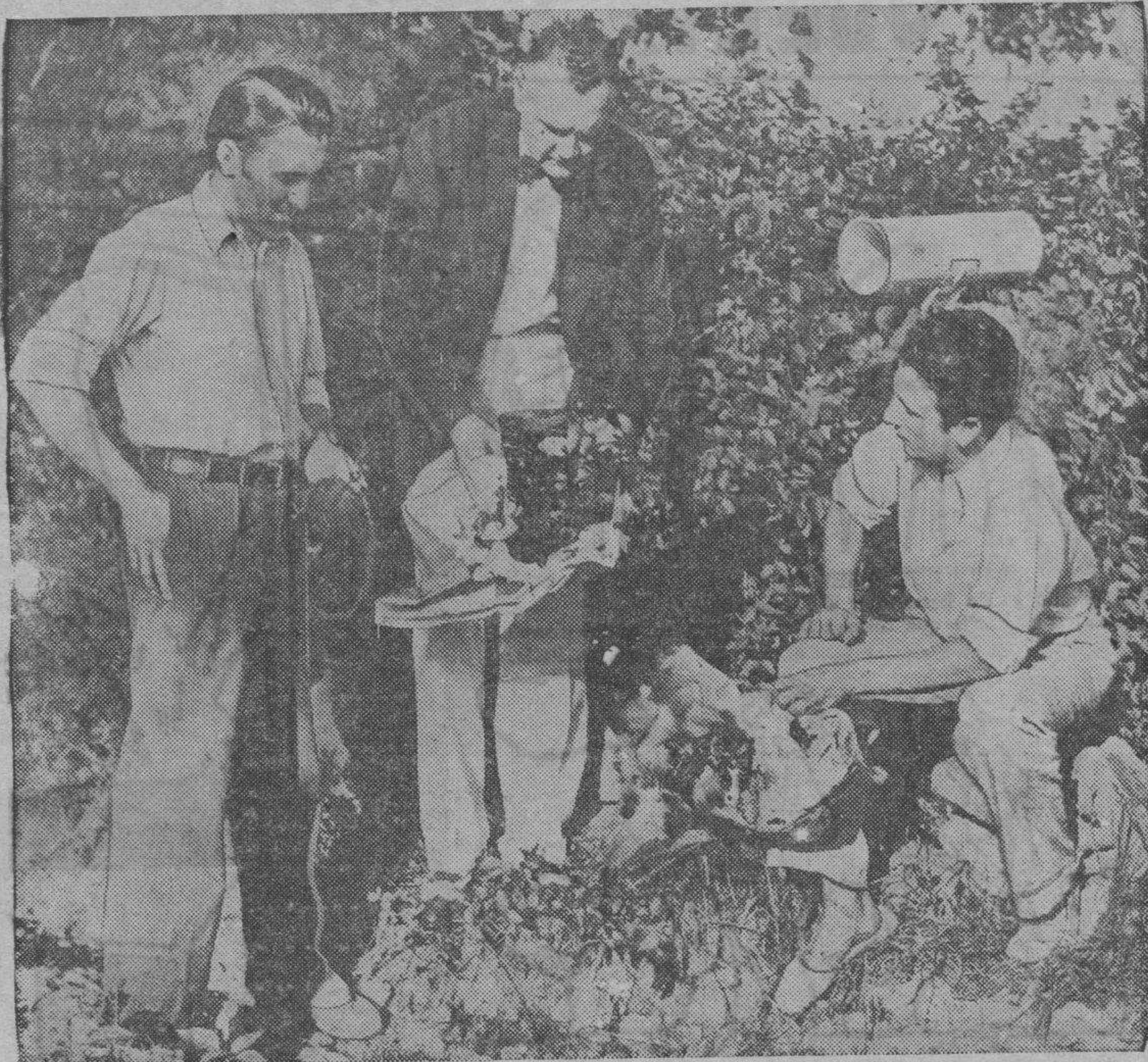
Esto no era todo: el hecho de que Cassini escriba un título y escriba, además, en su periódico, artículos y comentarios sociales, lo hacía un favorito de las damas. De ahí que el joven, bien pagado, no se limitara a bailar con su compañera, sino también con todas las damitas que despertaban admiración debido a sus relevantes prendas.

Cuando le ocurrió el incidente que vamos a relatar, se encontraba con la linda Jane Calvert, un detalle que debemos citar debido al hecho de que, según los acontecimientos que ocurrieron luego, pareció demostrado que un hermano de Jane, Alexander, veía a Cassini con los mismos buenos ojos que él le mirara su pareja.

El reloj sonoro acababa de dar la primera hora de la madrugada, cuando el portero del club, Press, se acercó al conde juvenil para decirle que unos individuos extraños le habían maltratado en su automóvil.—Vale más que salga y mire lo que le pasa—le dijo.

«Dejemos que sea el mismo Cassini que sólo pesa 125 libras, quien cuente al lector lo que le pasó después:

«Después de salir pronto como salí—ha dicho—alguien se



El conde Igor Cassini, a la derecha, retorna al lugar, cerca de Warrenton, Virginia, donde lo embadurnaron de brea y lo «emplumaron» varios jóvenes de sociedad de la localidad mencionada. El del centro es el abogado Charles Henry Smith, mientras que el individuo de la izquierda es John Taylor, el agricultor que lo condujo al hospital donde lo «desplumaron».

lanzó sobre mí desde atrás, y me tapó la boca con la mano. Después otro individuo me golpeó en la cabeza con una linterna eléctrica mientras un tercero me agarraba por la garganta, con tanta fuerza, que no me dejaba respirar. Yo forcejee con ellos durante cinco minutos pero al fin, tras de golpearme repetidamente en la cabeza con la linterna, me arrastraron a un auto donde al cabo perdí el conocimiento».

Cuando el conde volvió en sí, y según su declaración, el auto corría a todo correr por un camino oscuro y solitario. Trató de levantarse, pero inmediatamente, a patadas y puñetazos, fué arrojado al suelo del coche donde un individuo—eran cinco en total—le tapaba la boca y otro le retorció un brazo, para dominarlo mejor.

Después de haber avanzado unas diez millas el auto se detuvo y sus asaltantes sacaron de él a Cassini y comenzaron a desnudarlo. Luego uno de ellos, Ian Montgomery,—el conde lo conocía bien—individuo de condiciones atléticas, sacó una navaja barbera y le anunció que iba a tener el placer de... mutilarlo.

—¿Pero por qué me quieren hacer eso?—protestó el aterrizado muchacho. A lo que le contestó Montgomery:

—Bien lo sabes. Escribiste la semana pasada que mi padre había sido humillado al no recibir una invitación de Lady Linsay (la esposa del embajador de Inglaterra) para que asistiera al «garden party» celebrado en honor de los reyes...

—Y escribiste también—intervino Alexander Calvert, que era otro de los asaltantes—que mi hermana Virginia estaba comprometida con John Payton, antes del anuncio oficial del compromiso. (Acto seguido, según Cassini, Calvert le propinó un puñetazo que lo hizo caer al suelo).

Mientras lo seguían desnudando, el conde les su-

plicó que no lo mutilaran, que estaba dispuesto a darle satisfacción a cualquiera de ellos, de hombre a hombre. Pero con sarcasmo le contestaron que lo iban a dejar en una forma que no le permitiera escribir más.

En los momentos en que Montgomery se doblaba sobre Cassini con el propósito de realizar la operación anunciada, uno de sus compañeros intervino diciendo:

—No necesitamos hacerle eso para que no olvide la lección que le damos. No hay necesidad de martelarlo...

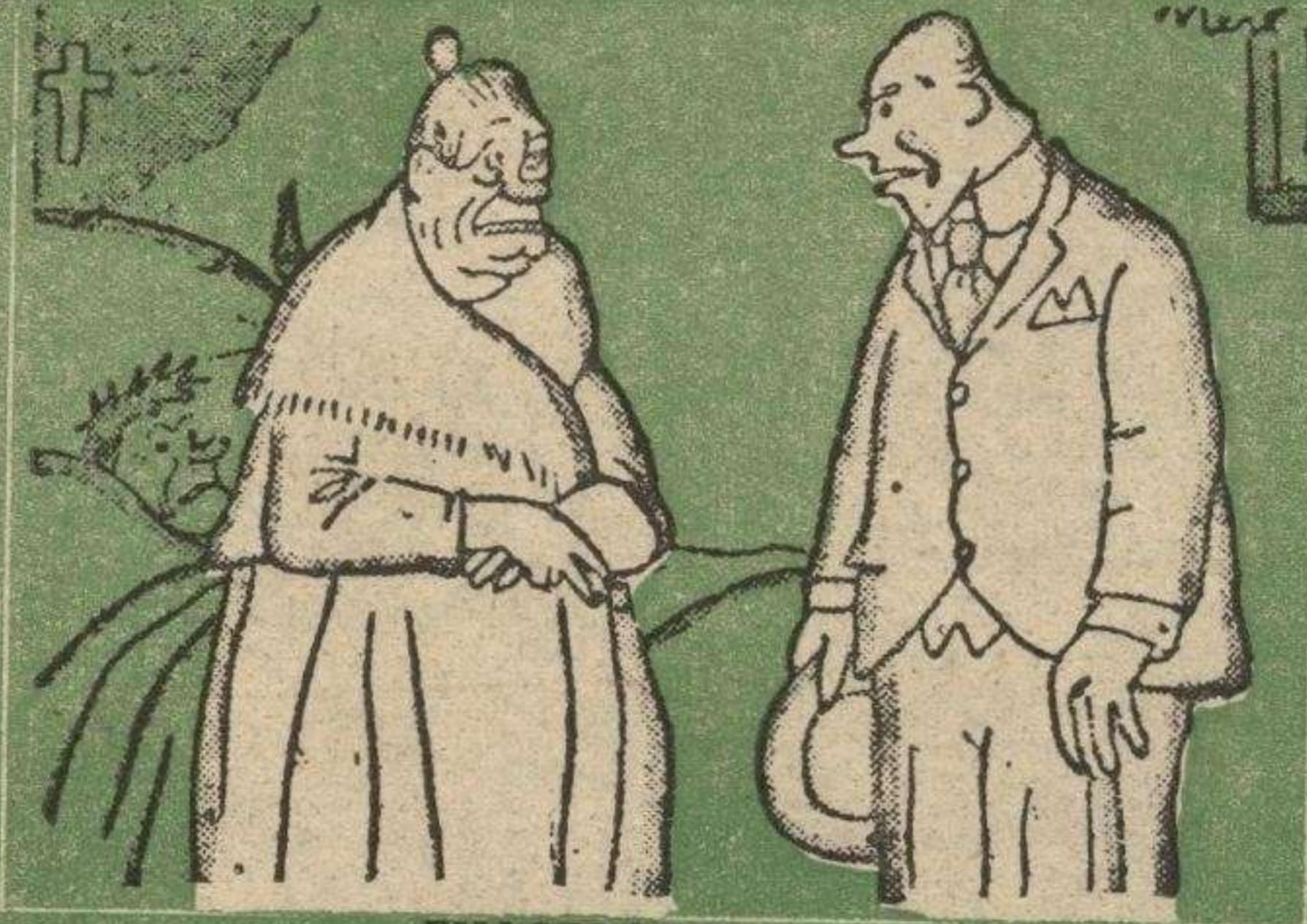
Dos de los cinco asaltantes mantuvieron bien sujeto al conde, mientras los otros tres se encaminaban al automóvil y volvían de él con dos latas de brea líquida y una caja de plumas. Lo embadurnaron con la brea desde la barbilla a los pies y luego le «emplumaron» todo el cuerpo. Después partieron dejándolo solo.

Desnudo, sin más prenda que el pantalón destrozado, Cassini pudo llegar a la casa de un agricultor algunas horas después. Este lo condujo a un hospital de la localidad donde los doctores tuvieron más trabajo en quitarle del cuerpo las plumas y la brea, que en curarle todas sus magulladuras.

El cronista social hizo una denuncia contra los tres asaltantes que le eran conocidos—Calvert, Montgomery y un hermano de éste—y habló de reconocer a los otros dos si se traían a su presencia. Los acusados, negando los hechos, fueron detenidos y puestos luego en libertad bajo fianza de cinco mil dólares cada uno, para ser presentados en septiembre al Gran Jurado que decida o no procesarlos. En el caso de que se les declare convictos del crimen de que los acusa el conde, pueden ser condenados a la pena de uno a diez años de cautiverio.

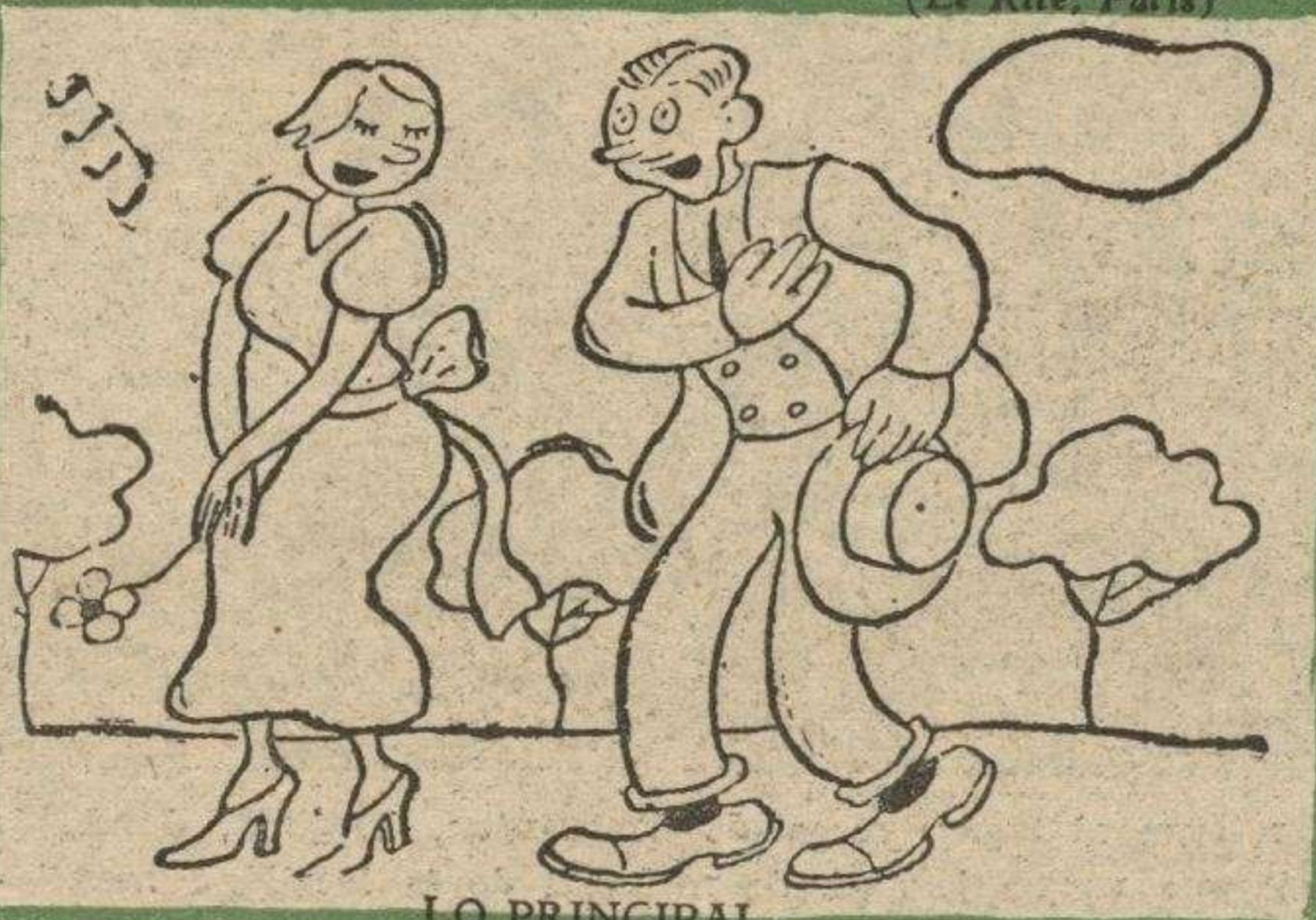
LA VUELTA AL

MUNDO del BUEN HUMOR



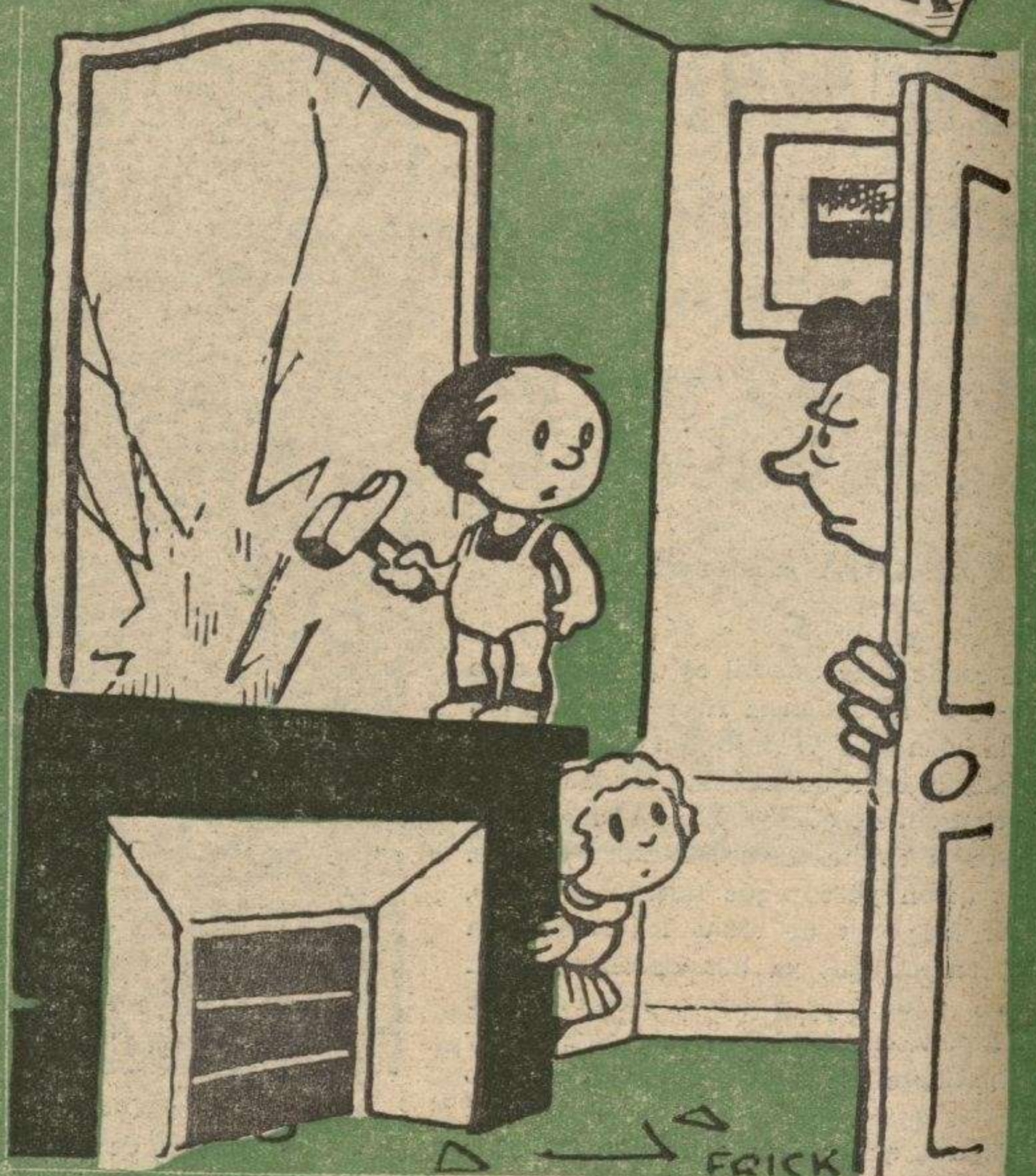
EXAGERADO

—Un caballo recién herrado le dió una coza.
—¡Vaya! Yo le dije que tomara hierro, pero no en esa forma.
(Le Rire, Paris)



LO PRINCIPAL

—Si usted acepta mi amor, nos casaremos en seguida, señorita.
—Bueno, pero... ¿usted qué es?
—Yo? ¡Soltero!
(De Bertoldo, Roma)



BUENOS MUCHACHOS

—Hoy no hemos hecho nada, mamá. Jugamos a ir al Polo. Yo soy el que rompe el hielo.—(Regard, Paris)



DEBIL PARA EL DOLOR

—¿Por qué cierra los ojos cuando canta los pasajes difíciles?
—Es para no ver sufrir a los que la escuchamos.



VENDEDORA DE FLORES
El cliente conocido.—Váyase, váyase... No ve que estoy con mi mujer?
(Vu, de Paris)



LA «TOILETTE» DE LA SEÑORITA DEMOCRACIA

Rojo de Moscú, agua de París, vaselina de América, polvos de Ginebra pero sigue siendo fea.

(Stumer, Nuremberg)